BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la conquista DEL ESPACIO

EL HOMBRE Y SU ROBOT

CLARK CARRADOS

CIENCIA FICCION



EL HOMBRE Y SU ROBOT

Ardax Nº1

Título Original: *El Hombre Y Su Robot*

Colección: La Conquista Del Espacio 211
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.68

CAPÍTULO I

El acusado estaba allí, en pie, frente al triple estrado de sus jueces, todos ellos ataviados con grandes ropones de color escarlata, negro y oro, los colores correspondientes a su cargo. Era una triple fila de bancos, en escalinata, con sus mesas para cada banco y los botones de llamada, voz y otros servicios de que cada juez podía disponer.

«Los Grandes y Poderosos Lores», pensó el acusado, Alan Ardax, con las orlas negro y oro más anchas que las de los dos que eran simplemente Grandes Lores y éstas, a su vez, más anchas que las de los jueces de la escala inferior, los que sólo tenían el simple título de Lord.

Veinticuatro en cada estrado, y todos los estrados paralelos, con el fondo cubierto por una inmensa cortina negra, en la que destacaba una gran bandera amarilla y roja, de dos bandas, con sendos leones alados rampantes en cada faja, en colores cambiantes con los de la bandera.

Y, debajo, el retrato, a tamaño natural, del Supremo Lord, el presidente y Primer Juez-Gobernador de la Honorable Liga de Sistemas, de la que era capital Zhegunn, el mundo en que Ardax había cometido su crimen y por el cual había sido juzgado y por cuya causa estaba a punto de recibir la sentencia adecuada.

Los ojos de Ardax, veintinueve años, alto, de anchos hombros y cabello castaño, ataviado con un simple monopieza de color gris claro, se fijaron en el retrato del Supremo Lord. Estaba protegido por un grueso cristal. Algunos decían que era el Supremo Lord en persona, presidiendo las deliberaciones del juicio, pero si era así, sabía mantener la inmovilidad de una estatua.

Al acusado poco le importaba que el Supremo Lord estuviese o no presente en la sesión final del juicio. A la derecha del triple estrado —los Grandes y Poderosos Lores en el escalón más alto—, estaba el ujier, con el documento de la sentencia, dispuesto para su lectura.

Ante él tenía un micrófono. Una sola cámara enfocaba su figura. La imagen, sin embargo, sería transmitida a los ciento catorce planetas de la Liga de Sistemas de Zhegunn.

El ujier vestía de luto. A Ardax le dio muy mala espina aquel color fúnebre de la vestimenta del funcionario.

Se oyó un leve carraspeo. Casi en el acto, el ujier empezó:

—¡A todos los habitantes de todos los planetas de la Honorable Liga de Sistemas de Zhegunn, oíd, oíd! Los Grandes y Poderosos Lores, los Grandes Lores y los Lores, con la anuencia del Supremo Lord, han dictado su sentencia contra el acusado, Alan Ardax, coronel de astronáutica, con rango de comandante de brigada…

Las mandíbulas del acusado se contrajeron.

Alan Ardax, cadete a los quince años, subteniente artillero a los diecisiete, teniente explorador a los veinte, capitán comandante de astronave a los veintiuno, comandante y teniente coronel de Estado Mayor, coronel comandante de brigada astronáutica con dos escuadras de dieciocho naves cada una a sus órdenes a los veintiocho años…

El oficial más prometedor de la Armada Espacial de la Liga de Sistemas… Siete años más tarde, podría ser votado para Lord… Antes de los cuarenta, podía llegar a Grande y Poderoso Lord, la edad más joven para un juez-gobernador… El Supremo Lord actual había alcanzado su puesto a los setenta y dos años. Algunos calculaban que Ardax rebajaría esa marca en veinte años, por lo menos…

Y todos los sueños, en un instante, se habían disipado.

Ya no era nada, más que un acusado al que se le estaba leyendo la sentencia.

—…desposeído de todos sus grados, honores y recompensas y con la imposibilidad de recobrarlos jamás, jamás, jamás…

«¿Nunca?», se preguntó Ardax.

—…y tras estos castigos, procedentes en todo al horrendo crimen cometido y que ha sido debidamente probado, sin que al acusado se le hayan retirado nunca sus derechos constitucionales ni hayan sido violados por sus jueces y los oficiales de la justicia, la sentencia es… Alguien interrumpió al ujier brusca, violentamente:

—*¡El acusado es inocente!*

* * *

Era algo totalmente insólito. Jamás había ocurrido nada en un juicio en

el que intervinieran los setenta y dos jueces-gobernadores. Los espectadores presentes eran pocos, pero todos, incluidos los guardias y oficiales que formaban parte de la corte, habían guardado un profundo silencio hasta el momento.

—¡Inocente, inocente! —exclamó la chica.

Había roto la barrera de guardias y avanzaba hacia los estrados. Ardax se fijó en ella; era jovencísima, apenas tendría diecisiete años. No muy alta, de figura insignificante, pelo claro y lacio y facciones vulgares, aunque no desagradables, ciertamente. Las formas femeninas apenas si se marcaban bajo el sencillo traje claro que vestía.

—¡Repito que es inocente! —gritó la chica—. El coronel Ardax no estaba allí, en el lugar del crimen, cuando éste se cometió… Yo lo vi, yo sé dónde estaba y nadie me permitió declarar…

Uno de los Grandes y Poderosos Lores agitó la mano levemente.

—¡Oficial de guardia! —dijo, lacónico.

Instantes más tarde, cuatro guardias sacaban a la chica de la sala. Ella seguía pataleando, sin dejar de chillar:

—¡Inocente, inocente!

El orden se restableció al fin. Volvió el silencio a la sala.

La voz del ujier sonó de nuevo:

—La sentencia contra el acusado es: Será trasladado al planeta desierto S. 5 — 4-5 — 14, en donde será abandonado a su propia suerte, sin armas, alimentos, ni herramientas o utensilios de ninguna clase. El acusado residirá en aquel planeta hasta el día de su muerte natural, sin que nadie pueda socorrerle ni comunicarse con él.

»La huida de S. 5 — 4-5 — 14 es imposible, mas, si a pesar de todo, el sentenciado consiguiera escapar, cualquier ciudadano está facultado para darle muerte en el lugar donde lo encontrare, sin que se le exijan responsabilidades por el hecho, antes bien, será premiado con veinticinco mil áureos.

»¡Esta es la sentencia! ¡Esta es la sentencia! ¡Esta es la sentencia! —terminó el ujier, en medio de un silencio absoluto.

* * *

La astronave estaba a dos mil metros de altura. Desde las portillas se veía un panorama encantador.

Lejanas montañas azules, con algunas cumbres nevadas, ríos, lagos, un distante mar, abundante vegetación…

Uno de los tripulantes hizo una cáustica observación:

—Pues si vivir aquí es una condena, a mí me entran ganas de matar a mi suegra. Creedme, muchachos, viviría estupendamente en este planeta, lejos de las lenguas viperinas de mi mujer y de su madre…

El comandante de la nave apareció, junto al condenado.

—Abran la esclusa —ordenó.

Los tripulantes obedecieron. El comandante se volvió hacia Ardax y le dirigió una larga mirada.

—El planeta está a ochocientos veintisiete años luz de la espaciolínea más cercana. No suelen pasar naves por las inmediaciones; se sabe que este mundo está habitado desde tiempo inmemorial. Podrá vivir largos años…, a menos que sienta el deseo de acabar con su condena de un modo rápido.

Ardax meneó la cabeza.

—No pondré fin a mi vida voluntariamente —contestó.

Los tripulantes permanecían a respetuosa distancia, contemplando la escena en silencio. De pronto, el comandante bajó la voz:

—Coronel, le ruego me perdone. He de obedecer órdenes…, y yo también soy de los que creen en su inocencia, como Selene 116 − 81 − 90.

—Ah, aquella chica se llama Selene —sonrió débilmente Ardax.

—Sí, la conozco bien. Coronel, yo…

Ardax meneó la cabeza.

—Lo que acaba de decir es muy reconfortante, capitán —contestó—. Gracias por ver un rostro amigo, aunque sea por última vez.

—Está bien. Ya puede saltar. El paracaídas lleva una caja de control adosada a los arneses. En cuanto haya tocado el suelo, lo recobraremos desde la nave.

Ardax asintió. Luego se acercó a la esclusa.

La nave permanecía, suspendida, inmóvil, a dos mil metros. Debajo de él se veía una extensa llanura, regada por un río de trenzado curso serpenteante. Le pareció ver animales vivos.

La voz del comandante de la nave sonó a sus espaldas, animadora:

—¡Suerte, coronel!

Ardax se lanzó al vacío.

Tal como había sido dicho, apenas puso el pie en el suelo, los arneses del paracaídas se soltaron automáticamente. La caja de control remoto entró en funciones y todo el conjunto se elevó en el aire.

Ardax se quedó solo.

La primera pregunta que se formuló a si mismo era: «¿Por qué aquel planeta no tenía nombre y sólo se usaba, para designarlo, una letra y un conjunto de guarismos?»

* * *

Había una estrella amarilla que daba luz y calor a S. 5 — 4-5 — 14. Ardax buscó una región templada, donde no hiciera calor excesivo ni demasiado frío por las noches, lejos de los polos y de las bandas tropicales.

El pelo y la barba empezaron a crecer. El traje de una sola pieza, con zapatos incorporados, se dijo, le duraría largos años; era un tejido excelente. Había animales vivos de sobra; aprendió a cazarlos para comer.

Las frutas y vegetales comestibles abundaban, lo mismo que el agua.

Pero habría un problema que no podría resolver jamás: la soledad.

Estaba solo, absolutamente solo, único ser inteligente en un mundo capaz de contener miles de millones de habitantes con inteligencia.

CAPÍTULO II

Aprendió a conocer las estaciones del planeta, por *los* movimientos de la estrella que le daba luz y calor. En el cielo se veía un cinturón de pedruscos que brillaban enormemente durante la noche y bastante menos por el día. Debía de tratarse, pensó, de un satélite del planeta, desintegrado por la acción de una gravedad demasiado intensa.

Encontró una cueva en un lugar protegido. Además de los animales mansos, había otros feroces, de los cuales aprendió a defenderse, aunque se dio cuenta de que no atacaban sino cuando tenían hambre. Entonces, solían buscar sus presas en animales, por lo general, menos capacitados para la defensa.

Tenaz, logró construirse un cuchillo y un hacha con piedras duras, que afiló convenientemente. Luego se construyó una lanza y más tarde, un arco y flechas. Cazaba poco, lo justo para alimentarse, por lo general, animales de pequeño tamaño; no le gustaba dejar carne que se pudriese en el suelo.

De cuando en cuando, realizaba largas excursiones. Vio un mar e islas a lo lejos.

No era mala existencia, bien mirado. Sus músculos, ya fuertes, se habían endurecido de un modo singular y su piel se hizo atezada y habituada a las inclemencias. Con paciencia, logró afilar una piedra plana, con la que recortó un poco el pelo y la barba, cuando se hicieron demasiado largos.

Los años pasaron. Ardax calculó que ya llevaba cuatro en el planeta, al que, para sí, había dado el nombre de Solitus.

Necesitaba compañíía y no podía tenerla.

Un día, de repente, durante el curso de una de sus exploraciones, encontró algo que produjo en su ánimo un fortísimo choque.

Parpadeó, mientras sus miembros temblaban convulsivamente

durante algunos segundos. Luego se rehízo y empezó a agacharse para recoger aquel objeto, cuyo hallazgo era impensable sólo unos momentos antes.

Un libro.

Estaba muy maltratado y seguramente le faltaban algunas hojas. También le faltaba la tapa superior, pero el resto, en general, se hallaba en buen estado.

Trató de descifrar los signos gráficos del libro. Estaba escrito en un lenguaje muy antiguo, ya extinguido, pero durante su estancia en el Estado Mayor, había seguido cursos de arqueología. Naturalmente, habían sido cursos acelerados, por hipnopedia, enseñanza durante el sueño, y entre las materias aprendidas, figuraban unos cuantos idiomas antiguos, aparte de los modernos, que todo oficial debía conocer.

Trató de buscar en su memoria a qué idioma pertenecían las frases escritas en el libro. De repente, oyó algo que le hizo dudar de sus sentidos.

Una voz humana:

—*¿Hay alguien ahí?*

* * *

Delante de sí, Ardax tema un grupo de arbustos, muy espesos y de bastante altura. Dio la vuelta a los arbustos y entonces vio al hombre tendido en el suelo, con la cabeza apoyada en una roca.

Era muy viejo y tenía el pelo y la barba blancos, larguísimos. Vestía un simple taparrabo de pieles y, a su lado, tenía una especie de zurrón.

Ardax se arrodilló a su lado.

—Pareces enfermo —dijo—. ¿Puedo ayudarte?

El anciano meneó la cabeza.

—No. Estoy muriéndome —contestó con voz muy débil.

Ardax se mordió los labios. Había encontrado compañía, después de cuatro largos e interminables años…, y ahora se iba a quedar solo nuevamente.

—¿Quién eres? —preguntó el anciano.

—Alan Ardax. Estoy aquí…

—¿En qué año estamos?

Alan hizo la cuenta rápidamente. Llevaba cuatro años en el planeta, por tanto…

—Año cuatro mil seiscientos catorce —dijo.

Los ojos del anciano chispearon un instante.

—Tanto tiempo… —murmuró—. Al fin podré descansar… ¿Cómo has venido a parar aquí, muchacho?

—Cometí un delito y me condenaron a vivir aquí hasta mi muerte.

—¡También tú! —exclamó el anciano—. ¡Pobre muchacho! Es horrible vivir solo tanto tiempo…

—Tú has estado solo aquí muchos años, tal vez cincuenta o sesenta.

El viejo sonrió.

—Vine aquí en el año dos mil ochocientos ochenta y siete —declaró.

Ardax sintió que la cabeza le daba vueltas.

—No, eso es imposible…

—Sí. Me trajeron desde Zhegunn. Hace, exactamente, mil setecientos veintisiete años. Entonces tenía cuarenta y dos.

Ardax contempló estupefacto al hombre que había vivido durante casi dieciocho siglos.

—Es… absurdo, no puede ser… —gritó.

—Siento decepcionarte, pero estoy muriéndome… Un hombre no miente cuando va a morir… Yo he vivido aquí solo durante mil setecientos veintisiete años…

La voz del anciano se hacía cada vez más débil.

—Ahora…, voy a… descansar…

Desesperado, Ardax quiso hacerle una pregunta:

—¿Cómo se llama este planeta?

Pero el anciano ya no contestó. Vivía, aunque era ya sólo un poco de carne sin inteligencia.

Ardax bajó la cabeza, terriblemente afectado. ¿Por qué iba a mentirle aquel hombre?

Solo, viviría solo otros dieciocho siglos… La Corte de Jueces-Gobernadores sabía bien lo que se hacía al no pronunciar una sentencia de muerte. Vivir solo durante dieciocho siglos era infinitamente peor que la misma muerte.

El anciano dejó de respirar una hora más tarde.

Ardax, al fin y al cabo, habituado a encontrarse en situaciones críticas, trató de serenar su espíritu.

En el zurrón del muerto encontró más libros, pero ni una sola indicación de su procedencia. Estaban viejos, gastadísimos y faltaban muchas páginas. Algunas de las hojas, tan quebradizas, se convertían en polvo al tocarlas.

Era preciso tratar los libros con infinito cuidado. A fin de cuentas, iban a ser su única compañía, durante…

Hasta que muriese, mil setecientos o mil ochocientos años más tarde.

Enterró al anciano y cubrió su tumba con una gran pirámide de piedras, que acarreó durante días, como una especie de homenaje a un hombre que había sabido resistir la soledad dieciocho siglos.

¿Iba a ser él menos que aquel pobre condenado?

Los tiempos habían cambiado mucho. Un día, acaso, podría escapar de allí.

Ahora ya sabía algo, ya tenía una experiencia, dura y amarga.

Viviría dieciocho siglos. Le sobraría el tiempo…, y había aprendido muchas cosas. Incluso, un día, podía construirse una astronave…

A pesar de la amenaza de la Grande y Suprema Corte, podría escaparse y tratar de probar su inocencia.

Porque era inocente, a pesar de las pruebas en contra. Sólo una persona había creído en él, pero, ¿cómo era posible que Selene asegurase que no se hallaba en el lugar del crimen, cuando éste era cometido?

Y, ¿quién era Selene?

* * *

Seis meses más tarde, recibió la segunda gran sorpresa desde su llegada a Solitus.

A lo lejos, caminando pausadamente por la llanura, se veía una figura humana.

Los ojos de Ardax se llenaron de lágrimas. ¡Otro ser viviente!

Corrió hacia el hombre.

Gritaba:

—¡Eh, aquí, aquí!

El hombre se detuvo un instante, le miró y luego reanudó la marcha. Ardax llegó jadeante a su lado.

—Hola, amigo.

El hombre se inclinó ligeramente.

—Celebro infinito haberte encontrado, coronel Ardax —dijo.

—Ah, me conoces.

—Sí. A pesar del pelo largo y de la barba, tengo grabada tu imagen en mis circuitos de memoria. Mis circuitos visuales funcionan a la

perfección.

Ardax se tambaleó.

—*¡Un robot!*

—I.A.K.O. 70 – 411, a tu servicio —dijo la máquina con figura humana.

Pasaron unos minutos. El robot, solícito, preguntó:

—¿Te sientes mal?

Ardax no sabía si echarse a reír o a llorar.

Una vez, se había encontrado con un anciano moribundo. Ahora, tropezaba con un robot.

Sólo la fortaleza de su mente —un coronel comandante de brigada no era jamás un hombre débil, ni en lo físico ni en lo psíquico—, le evitó de caer en la locura. Al cabo de unos minutos, logró tranquilizarse.

—Supongo —dijo—, que no has venido aquí por tu voluntad.

—No, me han enviado. Alguien quiere ayudarte. Yo obedezco las órdenes de la persona que me hizo llegar hasta aquí. Seré tu ayudante y colaborador y te obedeceré en todo cuanto me mandes. Así lo dijo ella.

—¿Ella? ¿Una mujer?

—Sí.

De nuevo se produjo una pausa de silencio.

Ardax volvió a recordar a la chica que había irrumpido tan tempestuosamente en la Sala de los Lores, en el momento de la lectura de la sentencia. Entonces parecía una niña, pero ya debía de ser una mujer: habían pasado casi cinco años desde entonces…, si era ella la que había enviado el robot.

—¿Por qué no vino ella, quienquiera que sea? —preguntó.

—No pudo, aunque consiguió enviarme a mí.

—Extraño —comentó Ardax—. ¿Cómo lo consiguió?

—Dinero —respondió el robot sobriamente.

—Ah, ya entiendo. Ella sobornó…

—Sí. Una astronave llegó hasta las inmediaciones de este planeta. Luego, su capitán, a diez millones de kilómetros de distancia, me disparó en una cápsula de aterrizaje. La cápsula quedó completamente destruida apenas salí.

—Y la nave se ha ido…

—Se fue hace cinco semanas. He pasado mucho tiempo buscándote.

Ardax se descorazonó de nuevo. Por un instante, había llegado a pensar que la nave estaría merodeando en las inmediaciones de Solitus. La respuesta del robot acababa de disipar sus últimas ilusiones.

Pero, al menos, era compañía, se dijo. Podría hablar con el robot, no sentirse tan solo, conversar de muchas cosas… Los robots, en Zhegunn, se construían con refinadísimos perfeccionamientos.

—Está bien —dijo—. Has venido a ayudarme. ¿Cuáles son tus cifras de serie? Las he olvidado…

—I.A.K.O. 70 – 411 —repitió la máquina.

—Muy bien, te llamaré Iako. Tú debes llamarme Alan, no quiero tratamientos de ninguna clase.

El robot se inclinó.

—He venido aquí para ayudarte, Alan —contestó.

CAPÍTULO III

—Iako, ¿crees que podré escapar de Solitus algún día? —preguntó Ardax, seis meses más tarde, mientras en un improvisado yunque y con la ayuda de unas rudimentarias tenazas, batía un hierro al rojo vivo, con su martillo de piedra.

Iako tardó unos momentos en contestar. Ardax repitió la pregunta.

—Dispénsame —dijo el robot—. Estaba recargando mi batería, con las células solares.

Contempló unos instantes la labor que realizaba Ardax y continuó:

—Hemos encontrado mineral de hierro. Ahora empiezas a trabajarlo. Hay árboles que exudan goma; hay yacimientos de azufre, también algo de petróleo. Abundan los otros minerales. Es cuestión de paciencia, simplemente.

—Y un día, buscaremos una playa y recogeremos arena y fundiremos la sílice y tendremos vidrio.

—Exactamente.

—Y así, poco a poco, conseguiremos los materiales necesarios para construir una astronave.

—No tienes prisa. En cuanto a mí, soy una máquina. El tiempo no cuenta para las máquinas.

—Iako, eres todo un filósofo —rio Ardax.

El fuego se agotaba. Ardax no quiso molestar a Iako, ya que sabía la importancia que tenía para un robot la recarga de sus baterías. Iako debía permanecer inmóvil varias horas, aunque, en caso necesario, podría moverse para realizar alguna labor de importancia.

Ardax tenía ya un brazado de ramas dispuesto para echarlas sobre las brasas donde calentaba el tosco cuchillo que estaba elaborando, la primera herramienta podía decirse, que iba a salir de sus manos, ya que

las tenazas eran dos simples ramas de árbol.

De pronto, sonó un grito.

Un chillido de mujer.

Ardax, pasmado, dejó caer las ramas. La mujer gritaba a menos de cien pasos de distancia, al otro lado de unas rocas que formaban casi un murallón de varias decenas de metros de altura.

Iako replegó instantáneamente la antena con las células solares. Ardax se lanzó en el acto sobre el arco y las flechas, perfeccionadas a lo largo de los años y en cuyo manejo había conseguido una rara habilidad.

La mujer gritó de nuevo. Ardax corrió hacia el lugar de donde procedían los gritos.

Dio la vuelta a las rocas. Entonces, contempló una singular escena.

Había una pequeña nave parada en el suelo. Dos hombres, al pie de la misma, reían estruendosamente de lo que hacían otros dos, quienes sujetaban con sus fuertes brazos a la mujer, que se debatía inútilmente.

Ardax comprendió en el acto las intenciones de los sujetos, que vestían un uniforme que le resultó desconocido.

Tendió el arco. Era una rama muy fuerte, pulida y desbastada con infinito cuidado y perfectamente equilibrada.

Un hombre corriente no habría podido tensar el arco. De haber dispuesto de un dinamómetro, Ardax habría sabido que se necesitaba una fuerza de ciento veinte kilos para poder manejar aquella arma que, hasta entonces, sólo se había utilizado para satisfacer la necesidad de alimento de su dueño o para la defensa contra los animales feroces.

La primera flecha —había de dos clases en la aljaba de piel que Ardax llevaba a la espalda—, larga de un metro y con la punta de sílex, partió con velocidad increíble, dejando tras sí como estela el tañido de una cuerda de guitarra, de tonos bajos. Un cuerpo humano fue atravesado de parte a parte: la flecha había entrado por la espalda, a la altura de los riñones y salió por delante más de un palmo.

El soldado herido soltó a la mujer y bajó a vista para ver aquella cosa que le había pinchado. De pronto, vio la punta de la flecha y empezó a chillar.

Otra flecha de las destinadas contra las fieras —las de caza para comer eran mucho más cortas y menos pesadas—, silbó antes de atravesar una garganta de parte a parte.

Dos soldados yacían en el suelo, en otros tantos segundos, sin que sus compañeros, situados al pie de la nave, hubieran acertado a

reaccionar. La velocidad de reflejos de Ardax era algo increíble.

—¡Iako, ayúdame! —gritó Ardax, mientras ponía la tercera flecha en el arco.

La mujer, medio tendida en el suelo, contemplaba la escena con ojos llenos de asombro. Silbó la tercera flecha y un corazón humano fue traspasado sin la menor dificultad.

El cuarto guerrero, reaccionando, intentó sacar el arma que pendía del cinturón. Incluso consiguió alzar la mano, antes de que la cuarta saeta perforase su cuello, justo a ras de los hombros.

La pelea había durado contados segundos. Algunos de los heridos se agitaban levemente, pero sería por poco tiempo. Cinco años de práctica habían enseñado a Ardax a defenderse de enemigos más peligrosos, en una existencia en la que no había podido permitirse jamás el lujo de fallar un solo disparo. La mujer, joven y muy hermosa, le miraba como si se encontrase bajo los efectos de una pesadilla.

Ya no había que temer ningún peligro. Por lo visto, sólo los cuatro soldados y la mujer eran los ocupantes de la nave que reposaba a escasos metros de distancia.

Ardax se acercó a la mujer. Ella tenía el pelo rubio oscuro, brillante y muy largo, y sus ojos poseían unas curiosas tonalidades rojizas. Las ropas estaban casi desgarradas por completo, debido al forcejeo que había sostenido con los soldados.

—Estás libre, mujer —rio Ardax, a la vez que tendía una mano para ayudarla a levantarse—. Ya no tienes motivo para sentir temor.

Ella se puso en pie. Era alta, de formas generosas, sumamente atractiva. Ardax calculó su edad en unos veintisiete años.

—Soy Luleen de Grord, de Erkus-IV —dijo—. ¿Quién eres tú?

* * *

Ardax demoró la respuesta unos instantes.

Meditaba.

Los proyectos que había realizado para salir de Solitus con la ayuda de Iako eran ya innecesarios. Allí, al alcance de la mano, tenía la nave que le permitiría abandonar el destierro.

Pero sabía que si alguien lo veía, podría matarle y cobrar luego la recompensa de veinticinco mil áureos, ofrecida por la Corte de Jueces-Gobernadores. Cambiando el nombre y con lo que su aspecto personal había variado, debido al pelo y a la barba, podría pasar mejor

inadvertido.

—Ignus —dijo al cabo. Era la contracción de una palabra leída en uno de los libros encontrados en Solitus. La palabra era «ignotus», que significaba desconocido, pero no quería que su nombre resultase tan largo.

—Ignus —repitió Luleen.

Miraba al hombre que tenía ante sí y contemplaba a un sujeto altísimo, de hombros muy anchos y poderosa musculatura, pero perfectamente proporcionado; de cabellos que la continua vida a la intemperie había hecho casi negros y piel tostada, vestido solamente con un taparrabos de piel y calzado con unas sandalias hechas del mismo material. «Un hombre realmente atractivo, este salvaje», pensó.

—¿Hay muchos habitantes en este planeta? —preguntó Luleen.

—En estos momentos, sólo tú y yo.

Luleen vio de pronto a Iako y se estremeció.

—Hay otro hombre —exclamó.

—Es sólo un robot —dijo Ardax—. Se llama Iako.

—Señora… —saludó la máquina respetuosamente.

—Ignus, empiezo a pensar que no eres tan salvaje como parece —dijo Luleen.

—No soy ningún salvaje, sino un hombre que vive aquí, por… Perdona que no te diga los motivos, señora.

—Llámame Luleen, simplemente, y si empleas la palabra señora como indicativo de mi estado, debes saber que soy soltera.

—Gracias, Luleen, me alegro de haberte salvado la vida.

Ella se arregló maquinalmente el vestido, que dejaba ver un hombro, a través de un enorme rasgón.

—Me trajeron aquí para asesinarme —explicó—. Pero también les dieron permiso para… ¿Te lo imaginas, Ignus?

—Si —contestó él gravemente—. Celebro haberlo impedido. ¿Es tuya la nave?

—No, pero puedo tomarla si me apetece. Lo malo del asunto es que no sé manejarla.

Ardax cerró los ojos un instante.

—Mil ochocientos años —murmuró, sin poder contenerse.

—¿Cómo dices? —preguntó Luleen, intrigada.

—No, nada, no lo comprenderías. ¿Puedo examinar tu nave? Porque ahora ya la puedes considerar como tuya.

—Sí, claro… Pero me extraña que tú puedas…

—Lo que él no sepa, quizá yo esté en condiciones de enseñarle —intervino el robot de pronto.

Ardax se volvió hacia la máquina.

—Iako, te pedí ayuda cuando peleaba contra esos hombres —le reprochó.

—Lo siento. Para ayudarte, tenía que hacerles daño. Soy un robot, no lo olvides; no puedo causar el menor daño a un ser humano.

—¡Pero ellos pretendían… ultrajarme! —exclamó Luleen—. Lo que querían hacer era una acción indigna, un delito…

—La regla es inflexible; ningún robot puede violarla —contestó Iako.

—Lo que dice es cierto —terció Ardax—. Anda, Iako, vamos a examinar la nave. —Miró a la joven—. Tal vez, en el cuarto de pertrechos, encuentres ropas nuevas.

—No es mala idea —aprobó Luleen.

* * *

Sentado ante los mandos, Ardax acariciaba las teclas y palancas de control con expresión casi arrobada, extático, completamente en silencio, mientras Iako almacenaba datos en sus circuitos de memoria. Luleen salió de una de las cámaras, vestida con ropas nuevas, y se acercó a la cabina de mando.

Algo le hizo sorprenderse enormemente: había humedad en las mejillas del hombre a quien conocía como Ignus. Ardax lloraba.

La mano de Luleen se apoyó en el hombro del joven.

—¿Por qué lloras? —preguntó.

Ardax inspiró con fuerza.

—¿Qué pasará cuando vean que esta nave no regresa a Erkus-IV? —inquirió.

—No lo sé —respondió ella—. A juzgar por lo que pude escuchar, no se les fijó plazo alguno para la vuelta. Pero, si sabes pilotar el aparato, no estaremos mucho tiempo aquí, supongo.

Ardax se puso súbitamente en pie.

—Hoy no —dijo—, hoy no sería capaz de marcharme, aunque puedo manejar la nave sin dificultad y más ayudado por Iako. Necesito serenar mi mente… Mil ochocientos años —suspiró.

—Antes mencionaste esa cantidad de tiempo —se extrañó Luleen—. ¿Por qué?

—Hace años, conocí al único habitante de Solitus. Había vivido aquí completamente solo, casi dieciocho siglos. A mí me habían destinado una suerte semejante; cometí un delito y la pena que recayó sobre mí fue la de destierro perpetuo en este planeta.

Los ojos de Luleen mostraron claramente el horror que le causaba la respuesta.

—Mil ochocientos años solo… ¡Terrible! —calificó.

—Por eso te he dicho antes que hoy me sería imposible salir de Solitus. Y a ti, supongo, no te importará aguardar un día o dos más.

—No, en absoluto —sonrió Luleen—. Incluso me gustará conocer algo de este planeta que, según deduzco, es capaz de alargar la vida humana durante tanto tiempo.

—Imagino que los que me condenaron, conocían este detalle —manifestó Ardax—. Pero ahora, si me lo permites, tengo algo que hacer. ¡Iako!

—Sí, señor —contestó el robot.

Luleen, curiosa, se asomó a la escotilla de la nave. Un estremecimiento recorrió su cuerpo al ver que el hombre y su robot trasladaban los cadáveres de los soldados a una grieta de las rocas cercanas. Terminada la labor, los cubrieron con piedras y luego arrojaron encima mucha tierra, con ayuda de una de las palas del equipo de herramientas de la astronave.

Cuando terminaron la tarea, Ardax se volvió hacia Luleen y sonrió:

—Los días son largos en esta época del año y todavía queda mucho tiempo de luz. ¿Quieres acompañarme a conocer un poco de mi mundo?

Luleen sonrió.

—Con mucho gusto —accedió.

CAPÍTULO IV

La hoguera ardía alegremente en un claro del bosque, no lejos de donde pasaba un arroyo de aguas murmurantes. Luleen, después de haber cenado un par de buenos trozos de carne asada en las brasas, se reclinó sobre un codo y miró al hombre que estaba sentado a corta distancia de ella.

—Ignus, confieso que en el primer momento creí que estaba ante un salvaje —manifestó—, pero no es así; he podido darme cuenta de que eres un hombre culto, educado…, y que sabes atacar y defenderte como pocos. Desearía hacerte una proposición.

—Muy bien, habla —aceptó él.

—Ya sabes que procedo de Erkus-IV. Quiero volver allí; es mi mundo y me gusta, con todos sus defectos. Pero si lo hago, moriré.

—¿Por qué?

—Soy comerciante. Lo era mi padre y heredé su negocio, el mayor almacén que existe en doscientos años luz a la redonda. Eso, naturalmente, me hace ser muy rica. Pero, precisamente, mis riquezas, han sido la causa de que haya venido a parar a Solitus.

—Creo que entiendo. Alguien quiso apoderarse de tu negocio.

—Y lo ha conseguido y, a fin de quitar un estorbo de en medio, me hizo venir aquí, custodiada por cuatro esbirros sin conciencia, bien pagados, los cuales tenían orden de matarme, después de… Bueno, tenían carta blanca con respecto a mí, ¿comprendes?

—Sí, te entiendo.

—Ignus, si me ayudas y consigo recuperar lo que era mío, te pagaré un millón de áureos.

Ardax se sobresaltó.

—¡Es una suma enorme! —exclamó.

Como coronel, su sueldo anual no llegaba a los seis mil áureos. Y ahora, Luleen le ofrecía una cantidad fantástica, increíble…

Luleen sonrió.

—No quisiera engañarte. Un millón de áureos, para mí, es lo mismo que una docena de esas monedas para un oficial de la guardia de Ishabor. Y son los que cobran los sueldos más altos en todo Erkus-IV.

—¿Quién es Ishabor?

—El regente del planeta, en nombre de su real sobrino, Thysmon de Baarad. Cuando sea mayor de edad, se llamará Thysmon XXXIX.

—Luleen, ¿crees que yo te serviré de algo para recobrar lo que te quitaron? —preguntó Ardax.

—Sinceramente, he vuelto a vivir gracias a ti. Tú estabas desterrado en Solitus. Ambos podemos ayudarnos mutuamente, créeme.

—Sí, aunque no…

Ardax reflexionó unos momentos.

—Erkus-IV es un protectorado de la Tercera Liga de Sistemas —dijo al cabo—. Estrictamente, no pertenece a la Liga.

—Así es, y muchas de las leyes que se aplican a los planetas de la Liga no son efectivas en mi planeta. Se usan, sin embargo, la moneda, los mismos sistemas de comunicaciones, pero, en general, las formas de vida erkusianas son mucho más liberales. A cambio de ello, «disfrutamos» de un regente que es un ladrón, por no decirle cosas peores.

—De modo que Ishabor es el hombre que te arrebató tu negocio.

—Bien, en realidad, no fue él, aunque la operación sí es resultado de su mente retorcida y perversa. El ejecutor material fue Kaster Larr…, del cual te hablaré en otro momento, si es que aceptas mi proposición.

—Un millón de áureos —musitó Ardax.

Era toda una fortuna. Podía correr graves riesgos, incluso perder la vida, pero, ¿valía la pena vivir en un mundo solitario, aislado de todos los demás, sin un fin, sin un objetivo que valiese la pena?

Un millón de áureos, en fin, podían permitirle muchas cosas. Incluso demostrar su inocencia.

Al cabo de unos momentos, dijo:

—Acepto, Luleen.

Ella sonrió satisfecha.

—Lo conseguiremos, Ignus —vaticinó.

* * *

Las brasas despedían una luz mortecina. Reinaba un silencio absoluto, solamente interrumpido por un esporádico grito de algún pájaro.

Ardax no dormía. Tenía cerrados los ojos, pero no podía conciliar el sueño.

Le era imposible borrar de su mente la idea de que ya no iba a permanecer en Solitus durante diecisiete o dieciocho siglos. Sí, era un planeta encantador, un mundo lleno de atractivos…, pero hubiera debido vivir solo allí…, y un día, inevitablemente, habría visto a Iako cubrirse de herrumbre y convertirse en un montón de chatarra…

El robot habría «muerto» antes que él.

Ahora, sin embargo, tenía la posibilidad de eludir su destino en Solitus.

Solitus, el planeta designado oficialmente como S. 5 — 4-5 — 14… ¿Por qué una designación aparentemente tan arbitraria, ya que aquellas cifras no correspondían siquiera a las de sus coordenadas celestes?

A pocos pasos de él, un cuerpo se deslizaba silenciosamente por el suelo. Chasqueó una ramita, pero Ardax, ocupado en sus pensamientos, no lo advirtió.

Unos ojos le miraban intensamente. De pronto, una mano femenina le acarició el rostro barbudo.

—Ignus —susurró Luleen.

Sobresaltado, Ardax se volvió. Percibía en su cara la ardiente respiración de la joven. Las pupilas de Luleen brillaban de un modo singular, como las de un felino, pero con chispitas rojizas.

Miró a la joven. No obstante, su mente estaba ocupada todavía con el problema de las cifras que designaban el planeta.

—Ignus —repitió ella.

Y, de súbito, una especie de relámpago iluminó su mente.

—¡Ya lo he encontrado! —exclamó, sin poder contenerse—. ¡Ya lo sé!

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó Luleen, atónita.

—El significado de las cifras con que se designa a Solitus…

—Oh, creí que sería otra cosa —dijo ella, decepcionada.

—Escucha, te diré…

Los brazos de Luleen, mórbidos y flexibles, se enroscaron en torno a su cuello.

—Ahora, no —susurró—, ahora no me importa por qué llaman de esta o de aquella manera a Solitus…

Ardax se rindió. Cinco años solo, hambriento de cariño…, y ahora tenía al lado a una hermosa mujer…

La atrajo hacia sí con fuerza. Buscó su boca vorazmente y ella correspondió con análoga pasión.

Luego, Luleen, sonrió y dijo:

—¿Habrá oído Iako algo?

—En circunstancias normales, Iako, durante los períodos de descanso, desconecta la batería principal y deja solamente una secundaria, que le permite únicamente el funcionamiento de los circuitos auditivos. Si yo lo llamo y lo necesito, él se pondrá en estado de actuar a pleno rendimiento. Además, no lo olvides, es una máquina.

Luleen sonrió.

—Es cierto —dijo.

Ardax la miró un instante y volvió a besarla.

CAPÍTULO V

La astronave despegó normalmente. Era pequeña, apta solamente para vuelos interplanetarios, pero suficiente para lo que necesitaban sus actuales ocupantes.

Estaba construida con bastante lujo. Una vez en marcha el piloto automático, que guiaría al aparato por la órbita que conducía a Erkus-IV, Ardax pasó a la cámara del comandante, en donde encontró ropas limpias.

Habíase acostumbrado a vivir sin ropajes que coartasen su libertad de movimientos. Ahora, a pesar que se había vestido del modo más sencillo posible, se encontraba incómodo, aunque se resignó.

Luego se miró ante un espejo. Demasiada barba, se dijo.

Disponía de depilatorio, pero también de útiles de afeitar. Tras una ligera reflexión, decidió dejarse una barba muy corta, casi de collar, con un fino bigotito sobre el labio superior, con parte del mentón libre de vello. Su aspecto mejoraba así considerablemente, aunque luego debería recortarse el cabello, que le llegaba holgadamente a los hombros. Un poco más corto quedaría mejor, pero necesitaría la ayuda de alguien para dicha labor.

Al terminar, volvió a la sala inmediata a la cabina de mandos. Luleen había preparado un sustancioso almuerzo con parte de las provisiones de a bordo y le contempló con admiración.

—Estás desconocido. Y más guapo —dijo.

—Cuando terminemos, me recortarás un poco el pelo —sonrió él.

—Con mucho gusto —sonrió ella—. Anda, come.

Ardax se sentó a la mesa. Luleen le sirvió, como hechizada por el encanto varonil que se desprendía del hombre que tenía frente a sí. Pero al cabo de un rato, dijo:

—Tu rostro no me es desconocido. Tengo la sensación de haberlo visto en alguna parte antes de ahora…

—Lo dudo mucho. Nunca estuve en Erkus-IV.

—Tal vez sea yo la que esté equivocada. A veces, uno ve la cara de una persona y tiene la sensación de haberla visto antes…

—Oh, no tiene importancia —contestó Ardax.

Estaba seguro de que Luleen había visto su fotografía. Pero entonces no tenía el rostro tan tostado; no llevaba corto el pelo y no usaba barba.

El robot continuaba en la cabina de mandos. De pronto, Luleen recordó algo.

—Ignus, cuando tú luchabas contra los cuatro esbirros de Ishabor, solicitaste auxilio de Iako. Pero el robot te dijo que no podía dañar a una persona, ni aunque ésta estuviese a punto de sufrir daños a manos de otra persona…, como me pasaba a mí y pudo haberte sucedido también a ti. —Ella sonrió—. Lo siento, soy una buena comerciante; pero no tengo la menor noción de cibernética ni de mecánica ni de…

—Iako, como todos los robots, lleva un circuito primario, en el que está inserta la orden de no dañar a los humanos, eso es todo.

—Pero el circuito podría alterarse para ayudar al humano que lo necesitase en un caso de verdadera justicia, como nos sucedió a los dos…

—Del circuito primario parten las conexiones que activan todos los demás: auditivos, visuales, memorísticos, motores, calculadores… Pero ese circuito primario está encerrado en el interior de la batería motora principal, la cual está sellada herméticamente. Y el resto de los circuitos está construido de tal modo, que ninguno pueda funcionar si antes los impulsos eléctricos no han pasado por el primario. Como ves, es imposible modificar esa regla…, pero si los esbirros de Ishabor fuesen los propietarios de Iako, tampoco habrían podido darle órdenes para que nos dañasen.

—O sea, los robots, son neutrales.

—En caso de violencia, sí. Por lo demás, están construidos para ayudar al ser humano…

Una campana empezó a tañer de pronto en la cabina de mando.

—Pasa algo malo —dijo Ardax.

Y echó a correr, seguido en el acto de Luleen.

—Malas noticias. Alan —informó el robot.

—¿Qué sucede? —preguntó Ardax.

—Escasez de combustible. Temo que no podremos llegar a Erkus-IV.

* * *

—Y la radio no funciona, ni la planetaria ni la superespacial. Sólo podemos utilizar el radar de proximidad, pero no el de larga distancia —añadió Iako, en medio de un profundo silencio.

—Pero, ¿cómo puede ocurrir tal cosa? —exclamó Luleen, consternada—. Los hombres que me llevaron a Solitus, debían volver a Erkus-IV…

—Tal vez no convenía que regresaran, aunque ellos, lógicamente, lo ignoraban —opinó Ardax.

Luleen le miró sorprendida.

—¿Tú crees que…?

—Tenías que desaparecer. Y los encargados de la tarea, no podían repetirlo a nadie.

—Entonces, nos perderemos en el espacio… Hay todavía ochenta millones de kilómetros hasta Erkus-IV.

—El combustible resultará insuficiente para la acción de frenado —dijo Iako.

—¡Un momento! —exclamó Luleen de repente—. Unyd está mucho más cerca.

—¿Unyd? —repitió Ardax—. ¿Qué es? ¿Otro planeta?

—Se le llama satélite de Erkus-IV, aunque, en realidad, es un planeta de menores dimensiones. Erkus-IV y Unyd componen un sistema binario y Unyd órbita en torno al primero a una distancia media de cuarenta millones de kilómetros…

—Iako, haz los cálculos pertinentes —ordenó Ardax.

—Sí, Alan —contestó el robot.

Luleen miró extrañada al joven.

—Dijiste que te llamabas Ignus —observó.

—Alan es el nombre propio, aunque no lo uso corrientemente —respondió él, maldiciendo en su fuero interno del desliz de Iako—, Pero si te gusta…

—Oh, no, no, te llamaré como antes —sonrió ella—. A fin de cuentas, el nombre importa menos que la persona que lo usa.

Al cabo de un rato, Iako hizo público su informe:

—No tenemos otra solución que dirigirnos a Unyd. La gravedad es dos tercios menor y, por otra parte, los generadores para el mantenimiento de la maquinaria de a bordo, acondicionamiento de la

atmósfera, calefacción e iluminación, consumen una cantidad de combustible que es absolutamente necesaria. La distancia a Unyd es de unos diez millones de kilómetros en el momento actual; es preciso reducir la temperatura a dieciséis grados y suprimir la mayoría de las luces. De este modo, tendremos el combustible justo para el aterrizaje. La pila nuclear está prácticamente gastada —concluyó el robot.

Ardax se volvió hacia la joven:

—Luleen, lo siento —dijo—. No sé cómo podremos seguir luego viaje a Erkus-IV…

—No importa —contestó ella—. En Unyd está mi representante, Snaqur Dyon. Siempre fue un hombre fiel a la familia de Grord. Él nos facilitará dinero y medios suficientes para rematar el viaje.

CAPÍTULO VI

A cinco metros del suelo, los motores se pararon. La nave cayó pesadamente, zarandeando con fuerza a sus ocupantes, afortunadamente sujetos a los asientos por los arneses de seguridad.

Afuera se oyeron unos fuertes crujidos. Las patas del tren habían cedido al impacto y el aparato reposaba ahora en el suelo, apoyado en la panza del fuselaje.

Iako se puso en pie.

—Malas noticias —dijo.

—Eres un pájaro negro —refunfuñó Ardax, a la vez que ayudaba a Luleen a ponerse en pie—. ¿Cuáles son esas malas noticias?

—La pila nuclear es sólo un montón de cenizas radiactivas. Hasta aquí, hemos llegado con las baterías de emergencia. La aguja del amperímetro está a cero.

—Bien, pero estamos en Unyd —alegó Luleen.

—Cierto —convino el robot—. Lo que sucede es que, sin energía, no podemos hacer funcionar los mecanismos de apertura de las escotillas.

Luleen lanzó un grito:

—¡Estamos sepultados vivos!

Ardax miró a través de las ventanillas. Una ciudad se divisaba a lo lejos, entre los árboles de la llanura en la cual habían tomado tierra.

—¿Soluciones, Iako? —consultó.

El robot se marchó, para volver a los pocos momentos con un pico.

—La única, Alan —dijo.

Ardax sonrió. Se escupió en las palmas de las manos, agarró el mango del pico y lo levantó sobre su cabeza.

—Es una suerte que todas las naves lleven herramientas en su equipo de supervivencia —dijo.

Y descargó el primer golpe.

Algunas estrías aparecieron en el cristal de la lucerna atacada. Era un vidrio especial, destinado no sólo a resistir las bajísimas temperaturas espaciales, sino también la presión de la atmósfera interior de la astronave.

Pero no había sido fabricado para resistir los golpes de un hombre como Ardax. Minutos después, el cristal había saltado por completo.

Luego, Ardax quitó los restos de vidrio. Por fin, pudieron saltar al exterior.

Inmediatamente, echaron a andar.

—¿Qué ciudad es esa que se ve a lo lejos? —preguntó Ardax, quien jamás había llegado a una región tan apartada del espacio.

—Unydia —contestó Luleen—. Es la capital y la población más importante del planeta, aunque hay otras ciudades, si bien son mucho menores y están en regiones situadas a gran distancia.

—Te enviaron a Solitus para deshacerse de ti. No hay riesgo de que te reconozca nadie ¿verdad?

—En Unydia no lo sabrán —dijo ella—. Lo que hicieron conmigo no es cosa que debiera llegar a conocimiento público.

—Tienes razón —convino Ardax.

Una hora más tarde, llegaban a la ciudad. Luleen les guio por una serie de callejas tortuosas, en las que pululaban toda clase de gentes, hasta alcanzar otras calles más anchas y con edificios de mejor aspecto. La joven se detuvo de pronto ante una casa de varios pisos y notarles dimensiones.

—Aquí —dijo—. Es hotel y posada. Podemos alojarnos, mientras hablo con Snaqur y le cuento nuestro problema.

—Muy bien, tú decides.

Entraron en el hotel, de mobiliario más bien tosco. Era un mundo primitivo, pensó Ardax, en el que los lujos, al parecer, estaban proscritos.

A través de una puerta cercana, salían risas y voces, junto con tintineo de copas. Luleen estaba hablando con el hombre que atendía a los viajeros.

De repente, una mujer salió chillando por aquella puerta, seguida de un sujeto alto, hercúleo, de gran barba negra. Ardax no pudo ver el rostro de la mujer, aunque le pareció muy joven, pero sí se fijó en que tenía desgarrada la mayor parte de la pechera de su vestido.

La chica corrió hacia la salida, perseguida por el individuo. Ardax le

echó la zancadilla y el hombre se desplomó de bruces, jurando.

Ardax quedó en el mismo sitio, mientras que la muchacha se perdía en el exterior. El barbudo se puso en pie y miró a Ardax furioso.

—Ahora mismo te voy a…

Llevaba al cinto una especie de cuchillo de pavorosas dimensiones. Ardax no le dio tiempo a sacarlo; su puño derecho se disparó con tremenda fuerza y el barbudo, volando literalmente, volvió a cruzar la puerta.

Se oyó un estrepitoso ruido de muebles astillados. Luleen, alarmada, dejó el videófono que había utilizado hasta entonces y se volvió.

Un hombre, todavía más alto y robusto que el anterior, salió por la puerta de la taberna. Ardax observó que, además de una pistola, que probablemente debía de disparar proyectiles desintegrantes, llevaba al cinto una larga espada.

—¿Quién ha golpeado a Kydak? —preguntó.

Ardax adelantó un paso.

—Yo. Maltrataba a una mujer. Me fastidian los hombres que sólo saben emplear su fuerza con las mujeres —contestó.

El gigante le miró de pies a cabeza.

—Eres fuerte, evidentemente —dijo—. Esa chica, ¿es tuya?

—Yo soy su empleado.

—¿Y ese hombre? —El gigante señalaba a Iako.

—Mi robot.

Los ojos del gigante chispearon.

—¡Un robot! —gritó—. ¡Te lo compro! ¡Doscientos áureos!

—Mi robot no está en venta —dijo Ardax sosegadamente.

—¡Escucha —gritó el sujeto—, nadie dice que no a Par-Hoo, cuando Par-Hoo pone precio a algo! ¿Has entendido?

—No vendo el robot.

Par-Hoo fue a sacar su pistola, pero se arrepintió y contuvo el gesto inmediatamente. Luleen, asustada, contemplaba la escena.

—Muy bien —dijo Par-Hoo—. Te propongo un trato. Estoy dispuesto a quedarme con ese robot. Aquí, en Unyd no se ven muchos, ¿sabes? Yo siempre he tenido ganas de disponer de un criado que… Pero eso no importa ahora. ¿Sabes manejar la espada?

Ardax respingó.

—¿Me propones un duelo? —exclamó.

—Justamente. Si me vences, retiraré mi petición. Pero si gano, el

robot será mío.

Después de la insólita petición de Par-Hoo, hubo un momento de silencio.

Luleen fue la primera en reaccionar.

—¡Ignus, no, no aceptes el duelo! —gritó—. He oído hablar de Par-Hoo; es el mejor espadachín del sistema binario de Erkus-IV…

—Así es, preciosa —sonrió el gigante—, pero no temas; tu criado dispondrá de una espada exactamente igual a la mía. ¡Jauds! —tronó.

Un hombre apareció corriendo por el vestíbulo. Par— Hoo movió la mano izquierda.

—Déjale la espada a ese tipo —ordenó.

Jauds obedeció en el acto. Luleen, furiosa, se encaró con Iako:

—¿Es que no vas a hacer nada para ayudar a tu amo? —exclamó.

—Se trata de un asunto entre humanos. Yo no puedo intervenir.

—Ya —dijo ella, despechada—. Había olvidado que eres neutral…

—¿Me porté neutralmente cuando os traje a Unyd?

Luleen se mordió los labios. Había tenido la respuesta que se merecía; de no haber sido por el robot, ahora estarían muertos.

Mientras, Ardax balanceaba la espada. Hacía mucho tiempo que no practicaba la esgrima.

Pero una vez había sido cadete, y luego subteniente artillero, y después había ascendido a teniente explorador…; y un explorador galáctico era un hombre que debía manejar a la perfección toda clase de armas.

El contacto con el puño de la espada le recordó algo leído en los libros hallados en Solitus. Ahora ya no estaba en Solitus, tenía todas las posibilidades de seguir adelante, de demostrar un día su inocencia…

—¿Listo? —dijo Par-Hoo.

Entretanto, la noticia del duelo se había extendido por la taberna. Hombres y mujeres se agolpaban ahora en el gran vestíbulo del hotel. Todos conocían la fama de esgrimidor de Par-Hoo y sabían que más de una docena de hombres habían perecido al filo de su espada. Había morbosidad en las miradas de todos los presentes, incluido Kydak, quien parecía recobrado ya del fenomenal puñetazo recibido.

—Listo —dijo Ardax.

Par-Hoo se tiró a fondo sin previo aviso. Ardax saltó a un lado; la espada culebreó junto a su costado derecho. A su vez, contraatacó y rasgó la mejilla izquierda de Par-Hoo, desde la sien al mentón.

Un atroz rugido brotó de los labios del gigante. Ardax se dio cuenta de que la habilidad de Par-Hoo residía más en su envergadura y en la longitud de su brazo, que en sus conocimientos de esgrima.

El duelo no fue demasiado largo. Ardax paró fácilmente dos o tres estocadas de su adversario, mandobles más bien, y luego, en una ocasión en que le vio descubierto, se tiró a fondo.

La punta de la espada asomó entre los hombros de Par-Hoo. Se oyó un rugido de agonía. Los ojos de Par— Hoo expresaban la sorpresa de saberse derrotado en una pelea que había creído ganada de antemano.

Ardax retiró la espada, cuya hoja estaba roja hasta la empuñadura. Par-Hoo dio media vuelta y luego caminó dos pasos, como si fuera a marcharse, pero, de pronto, cayó de bruces al suelo, pataleando espasmódicamente.

De súbito, Luleen lanzó un agudo chillido:

—¡Cuidado, Ignus!

El joven se volvió. A cinco pasos de distancia, el resentido Kydak empezaba a desenfundar su pistola desintegradora.

Repentinamente, algo voló por los aires y se hundió hasta el mango en el pecho de Kydak. Se oyó un chillido horroroso.

Kydak soltó la pistola y se agarró con ambas manos al cuchillo profundamente hincado en su carne. Incluso consiguió extraerlo.

Ardax se dio cuenta de que era un cuchillo de cuatro hojas, que se desplegaban automáticamente, en cruz, al penetrar en la carne.

Brotaban ríos de roja sangre por la cuádruple herida. Un segundo más tarde, Kydak se desplomó al suelo, junto al cadáver de su jefe.

Ardax se sentía estupefacto.

—¿Quién ha lanzado ese cuchillo? —preguntó.

—Ha sido la chica a la que perseguía Kydak —contestó alguien.

Ardax se precipitó hacia la puerta. Anochecía ya.

A lo lejos se veía correr una esbelta silueta. De pronto, la joven alcanzó una esquina y desapareció de la vista de Ardax.

Intrigado, volvió al hotel. El dueño protestaba por lo ocurrido.

Luleen le apostrofó con violencia:

—No te quejes; esto que ha ocurrido, atraerá más clientela a tu taberna. El duelo ha sido honesto, ¿no es así?

El hotelero, aunque de mala gana, asintió.

Luleen se volvió hacia Ardax.

—Temo que no vamos a tener tiempo de asearnos siquiera —dijo—,

Snaqur nos está aguardando.

—Muy bien —contestó el joven.

Tiró la espada al suelo, pero se apoderó de la de Par— Hoo, junto con el cinturón que sostenía la vaina y la funda con la pistola desintegrante. En Unydia, tener armas era una precaución indispensable.

CAPÍTULO VII

—Lo siento —dijo Snaqur Dyon—, no puedo hacer nada por ti.

Luleen se quedó estupefacta. Cortés y silenciosamente, Ardax e Iako aguardaban a unos pasos, en el lujoso salón en que Dyon les había recibido.

Dyon tomó un par de granos de uva del gigantesco frutero de oro que había sobre una mesa. Era un hombre de unos sesenta años, bien conservado, vestido con una lujosa túnica blanca, con orlas de color rojo y oro. En la mano izquierda llevaba un anillo con una piedra descomunal. El pelo, sin embargo, escaseaba ya más allá de su frente.

—Para decirme eso, no necesitabas hacernos venir a tu residencia —dijo Luleen, recuperada de la sorpresa.

—Guardo muy buena memoria de tu padre, pero ahora debo pensar en mí, en mi mujer y en mis hijos. Kaster Larr me ha conservado en el puesto, a condición de que le obedezca. —Dyon suspiró—. Luleen, me hago viejo.

—Larr siempre ambicionó el negocio de los de Grord —dijo Luleen con gran vehemencia—. Mientras vivió mi padre, todas sus maniobras fracasaron.

—Pero ahora es un gran personaje y goza de la confianza del Regente. Hemos de ser realistas, muchacha; no podemos enfrentarnos con ellos.

Luleen apretó los labios.

—Está bien, nos vamos —decidió.

—Aguarda un momento —intervino Dyon.

Con movimientos un tanto sofisticados, se acercó a un aguamanil, se lavó los dedos y luego se los secó con una servilleta finamente perfumada. Finalmente tomó algo que había sobre la mesa, oculto por

el frutero.

—Fui buen amigo de tu padre —dijo—. En memoria de él, toma estos cien áureos. Puedes necesitarlos… para ti y tus amigos.

Luleen hizo un gesto arisco.

—No quiero…

—Tómalo —intervino Ardax—. Hay ocasiones en que es preciso dejar el orgullo a un lado. Estamos sin blanca y el hotelero no nos fiará. —El joven sonrió—. Yo no puedo ponerme a alternar con los clientes en una taberna —añadió significativamente.

Luleen enrojeció, pero acabó por comprender los argumentos de Ardax y cogió los diez billetes. De pronto, Dyon fijó su vista en el joven.

—Tu cara me es conocida —dijo.

—Nunca he estado en Unyd —respondió Ardax fríamente.

Dyon se encogió de hombros.

—Estaré equivocado —murmuró—. En mi oficio, se conoce a tanta gente… Los rostros acaban mezclándose en la memoria y… Suerte a los dos —dijo, en señal de despedida.

El robot no contaba. Iako no protestó, naturalmente.

* * *

Salieron a la calle, poco alumbrada. Había humedad en el ambiente.

El pecho de Luleen palpitaba de indignación.

—Todo lo que tiene ese forajido, se lo debe a mi padre —exclamó, mientras caminaban de vuelta al hotel—. Mi padre le sacó de la nada.

—Resígnate —aconsejó Ardax—. Es preciso tomarse las cosas tal como vienen. Dyon tiene que pensar en sí mismo y en los suyos, y no puede oponerse a los poderosos, como Larr y el Regente.

—El Regente —murmuró ella—. Me extraña que no haya hecho asesinar a Thysmon, para ocupar su puesto *y* proclamarse rey del sistema binario.

—La política no me interesa. Mi verdadero interés estriba en…

Ardax se calló. Había estado a punto de revelar su secreto. Nadie debía saber, se dijo, que era un hombre que había violado su destierro, que no quería cumplir la pena que le había sido impuesta por los Lores Jueces-Gobernadores de Zhegunn.

De pronto, al doblar una esquina, vieron a tres guardias de una patrulla nocturna, parados ante la pared.

Pegado al muro, había un gran cartel, con el retrato de un hombre.

La fotografía media casi un metro de altura. Ardax se estremeció. Aquel retrato era el suyo, una fotografía tomada en el momento de su detención.

Debajo del retrato había una inscripción, casi completamente borrada. Pero más abajo todavía, alguien, a mano, con gruesos trazos, había pintado un gran letrero:

¡INOCENTE!

—¡Maldición! —juró uno de los guardias—. ¿Es que nos vamos a pasar el tiempo pegando carteles nuevos, con la efigie de este miserable?

—Es nuestra obligación —dijo otro de los soldados.

—Para eso te pagan, ¿no? —añadió el tercero.

—No hace muchos años, esta clase de delitos no tenían vigencia en el sistema —rezongó el primer guardia—. ¿A nosotros qué diablos nos importa lo que el coronel Ardax hizo o dejó de hacer?

—Vamos, vamos, pega otro cartel encima y déjate de cuentos.

Ardax, Luleen y el robot continuaron su camino. Apenas habían dado una veintena de pasos, oyeron un rugido de rabia.

El grito les hizo volverse. Los guardias, inexplicablemente, estaban embadurnados de tinta negra de pies a cabeza.

Alguien, a lo lejos, se burló de ellos:

—¡Inocente, inocente! ¡Ardax es inocente!

—¿Qué es lo que pasa? —exclamó Luleen, desconcertada—. ¿Por qué semejante alboroto?

—¡Bah, cosas de política! —contestó Ardax, fingiendo indiferencia.

Pero el hecho le preocupaba. ¿Quién se atrevía a proclamar su inocencia a tanta distancia de Zhegunn?

Continuaron el camino. Las voces furiosas de los guardias, que perseguían a la persona que les había llenado de tinta y se había burlado de ellos, acabaron por extinguirse.

—No sé cómo haremos para viajar hasta Erkus-IV —dijo Luleen.

—El dinero no llega para un pasaje, ¿verdad?

—Los enlaces son semanales y faltan cinco días para que zarpe la próxima astronave —contestó Luleen—. Con Snaqur de nuestra parte, el asunto se habría resuelto fácilmente, pero tenemos que pagar el hotel, comer, abonar el importe de tres pasajes…

—Dos. Iako puede ser considerado como mercancía.

—Al peso, y acabaría por pagar tanto como una persona.

—Es cierto, tú estás bien enterada de esos asuntos —admitió Ardax.

Quería ayudar a Luleen. Implícitamente, juzgaba de la justicia de su reclamación y podía decir que, aunque involuntariamente, gracias a ella había escapado de Solitus. Pero no tenía medios para ello.

—Si me lo permiten, yo puedo darles una solución —dijo Iako, de pronto.

—¿Tú? —se extrañó Luleen.

—Soy un robot. He sido construido para ayudar a los humanos.

—Está bien, suéltalo —dijo Ardax.

—Es muy sencillo. Un trovador y su pareja siempre encuentran pasaje a bordo de una astronave. A los viajeros les encantan los artistas. El capitán podría dejarles subir a bordo y permitir que pasaran el platillo después de cada actuación.

—Iako, ¿están bien tus circuitos? —gruñó Ardax—. ¿Qué instrumento habría de tocar yo, vamos a ver?

—La guitarra. Ella sería la bailarina.

—Ese robot tiene los circuitos desajustados. Yo no sé bailar —afirmó Luleen.

—Ni yo toco la guitarra.

—Permítanme que me sonría, a estilo cibernético, por supuesto —dijo Iako—. Ambos han olvidado algo tan sencillo como la hipnopedia.

Ardax se detuvo en seco.

—¡Es verdad! —exclamó—. Con la hipnopedia se puede aprender todo…

—¿Incluso bailar? —dijo Luleen, estupefacta.

—Sí —contestó el robot.

* * *

Alguien tocó en el hombro de Ardax. El joven despertó instantáneamente y agarró la empuñadura de su espada, apoyada junto a su almohada.

—Quieto —susurró una voz—. Soy Dyon.

Ardax se sentó en la cama. Con ojos de asombro, contempló la figura del hombre que estaba en pie, a su lado.

—Dyon —repitió.

—Si —confirmó el individuo—. Lo que dije esta tarde, perdón, ayer por la tarde, no era cierto. Tenía que hablar como lo hice, forzado por las circunstancias. Hay espías suyos entre mi personal.

—Comprendo. ¿Entonces…?

—Quiero ayudar a Luleen, deseo que ella recobre lo que le pertenece. Todo lo que soy, se lo debo a su padre; jamás podría ser desleal a la familia de Grord.

—Dyon, no sabes la alegría que me das…

—Debéis volver a Erkus-IV. En este asunto, hay un trasfondo político más importante de lo que tú mismo piensas. Ayudar a Luleen…, y ayudar a los dos, también al príncipe Thysmon. Es preciso impedir que el Regente suba al trono del sistema binario de estos dos planetas.

—Pero, ¿qué podemos hacer nosotros…?

—Cuando llegues a Erkus-IV, busca a Pheldus de Vyr. Dile solamente una palabra: *Stakyriam*. Grábala en tu mente, que no se te olvide.

Ardax repitió la palabra.

—Nunca la he oído. ¿Qué significa? —preguntó.

—Pertenece al lenguaje antiguo de Erkus-IV, un idioma ya en desuso desde hace más de mil años. Significa lealtad, ¿comprendes?

—Sí. ¿Y qué debo hacer…?

—Pheldus te lo indicará. Pero tened cuidado; los espías de Larr, que es ahora el brazo derecho del Regente, están por todas partes.

—De acuerdo.

Algo cayó sobre la cama. Dyon dijo:

—Cinco mil áureos.

El hombre se dispuso a marcharse. Pero antes de salir, con la luz apagada en todo momento, se volvió hacia el huésped.

—Te deseo suerte —dijo—. Ojalá un día puedas proclamar tu inocencia, coronel Ardax.

—¡Me has reconocido!

—Soy un buen fisonomista —rio Dyon—. Pero también soy el más discreto de los humanos cuando conviene.

Miró al robot, que permanecía en pie, en un rincón del dormitorio, y concluyó:

—Tan discreto como ése.

Ardax se quedó solo en el dormitorio. La puerta se cerró. Un segundo después, oyó un grito ahogado en el corredor.

Sobresaltado, abandonó la cama. Iako contuvo su gesto:

—No salgas. Mi circuito detector de radiactividad acaba de captar el disparo de una pistola de energía, en mínima potencia. Suficiente para convertir a una persona en humo.

Ardax se estremeció. El servicio de espionaje de Kaster Larr funcionaba mejor de lo que había creído.

De pronto, se le ocurrió una idea. Pese al consejo de Iako, saltó de la cama y se acercó a la ventana.

Junto a ésta había una columna que sostenía un tosco jarrón de adorno. Estaban fabricados en serie, y eran muy pesados.

Ardax agarró el jarrón. Un hombre salió de pronto del hotel, dos pisos más abajo y miró a su alrededor. Ardax vio en su cinturón la funda de una pistola de energía, harto distinta de una desintegrante.

El esbirro asesino echó a andar. Un jarrón que pesaba quince kilos alcanzó un cráneo humano, que se rompió como la cáscara de un huevo.

Luego Ardax salió al pasillo y agarró otro de aquellos jarrones, que volvió a la columna. Nadie, por tanto, sabría al día siguiente quién había sido el autor.

Pero Larr y sus esbirros sí sabrían que sus ataques tendrían una respuesta fulminante e instantánea.

CAPÍTULO VIII

Después del desayuno, Ardax dijo:

—Liquida la cuenta, Luleen. Nos vamos. Públicamente, a la aldea de Wana-Nawa. De un modo privado, a otro hotel más barato y menos concurrido. Este es una pocilga, en comparación con otros que he conocido, pero, aun así, es el mejor de Unydia y tenemos la desventaja de que podemos ser vistos por demasiada gente.

Luleen asintió. Terminaron de desayunar y salieron al vestíbulo, seguidos por el robot, dispuestos a cancelar la cuenta.

En el mismo momento, entraron dos guardias, uno de los cuales llevaba un gran rollo, que entregó al dueño del hotel.

—Tienes que exponerlo en el sitio más visible. Órdenes superiores —dijo.

El hotelero desenvolvió en parte el rollo,

—¿Para qué diablos quiero yo el retrato del Regente? —exclamó.

—Dentro de seis semanas será su cumpleaños. El Regente quiere que ese día sea fiesta en Erkus-IV y en Unyd.

—Bueno, para algunos son fiesta todos los días…

Momentos más tarde, Ardax, Luleen y el robot salían del hotel. Ardax agarró el brazo de la joven.

—No lo hagas en este momento, sino cuando nadie te pueda ver —dijo—. Tienes que llorar por Snaqur.

Ella, vivamente sorprendida, se volvió hacia él.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Ha venido a verme esta madrugada y me entregó cinco mil áureos. Dijo que se había portado contigo de la manera que sabes, debido a que no estaba seguro de ser espiado. Tenía razón; apenas salió de mi cuarto, alguien le disparó una descarga de energía.

—Oh…

Ardax apretó con fuerza el brazo de la joven

—Procura mantener la serenidad —recomendó—. Ya no podemos hacer nada por Snaqur, salvo, un día, vengar su muerte. Aunque, de momento, el tipo que le mató está ya en condiciones de ir al cementerio.

—Es terrible… —murmuró Luleen.

—Larr tiene el brazo muy largo y el Regente se lo alarga más todavía. Por eso nos mudamos de alojamiento. La idea de Iako es buena; tenemos dinero de sobra para pagarnos el pasaje hasta Erkus-IV, pero vale mejor que viajemos como un trovador y su bailarina.

—Y el robot, ¿qué papel desempeñará en nuestra *troupe*?

Ardax sonrió.

—Almacén de música y danzas —contestó.

De pronto, se tropezaron con una patrulla de soldados que pegaban un enorme cartel con la efigie del Regente, anunciando la fecha de la fiesta que se instituía para conmemorar su cumpleaños.

—¡Hum! —dijo Ardax—. Esto me huele a golpe de Estado.

—¿Tú crees?

—¿Se ha hecho alguna vez una cosa semejante en el cumpleaños de Thysmon o de alguno de sus antepasados?

—No —contestó Luleen.

—Ya tienes la respuesta.

Luleen asintió. Sí, todo hacía presentir el próximo asalto del Regente al trono que Thysmon debía ocupar.

—Pero hay algo que me extraña —dijo—. ¿Cómo podremos aprender música y danza durante el sueño?

—Iako se encargará de ello. Yo compraré la cantidad de droga hipnótica necesaria.

—Además, es preciso adquirir agilidad muscular, yo en todo el cuerpo, si he de comportarme como una bailarina, y tú soltura en los dedos, para tocar la guitarra…

—Haremos ejercicios físicos, no te preocupes.

—Otra cosa, ¿no se extrañará la gente de ver a un trovador y a su danzarina…?

—El sistema binario de Erkus-IV tiene sus ventajas y desventajas. Entre las segundas figura una menor civilización, menos adelantos técnicos, más criminalidad…, pero también una libertad mucho mayor

y una absoluta inhibición de las conveniencias sociales. Los otros planetas, pertenecientes a la Liga de Sistemas, son mucho más adelantados… Allí si extrañaría una pareja como la que tú y yo vamos a formar, pero no en Unyd o en Erkus-IV. ¿Entendido?

—Entendido.

Un poco más adelante, encontraron dos carteles pegados al muro. Ambos tenían sendas fotografías.

Y también sus rótulos pintados por una mano extraña, no precisamente la del impresor. En el cartel en el que aparecía el rostro de Ardax, había sido borrada la palabra que definía su delito y sustituido por la de inocente en grandes mayúsculas.

El otro cartel mostraba la efigie del Regente. Sobre sus títulos honoríficos, había sido escrita una palabra harto significativa:

«¡IMPOSTOR!»

* * *

Luleen se miró al espejo y lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Esa no soy yo!

Ardax se echó a reír.

—Un simple cambio en el color de tu pelo te ha transformado por completo —dijo.

Los cabellos de Luleen eran ahora negros como el carbón. Ardax había juzgado necesario no sólo un cambio en su fisonomía, sino también en el nombre.

—Larr se apoderó de tu negocio. Si ahora te viese en Erkus-IV, te mataría sin piedad.

Luleen asintió. Ardax tenía razón.

Iako entró en la habitación.

—Noticias —dijo.

—Habla —solicitó Ardax.

—Unydia arde en comentarios. Todos se preguntan de quién es la misteriosa mano que califica de inocente al coronel Ardax y de impostor al Regente. Los guardias se vuelven locos buscando a esa persona.

—Es evidente que se trata de un enemigo político de Ishabor —dijo Luleen.

—Y amigo del coronel Ardax —dijo el interesado—. Pero eso no nos interesa por ahora. Iako, ¿listos para la próxima sesión de hipnopedia?

—Sí, señor.

Adax sacó una píldora y se la entregó a Luleen, quien la ingirió de inmediato. Ardax hizo lo propio. Luego, ambos se tendieron.

La respiración de Ardax y Luleen se hizo rítmica a los pocos momentos. Casi en el acto, Iako empezó a hablar, con voz suave, de tonos bajos y persuasivos.

Transcurrió una hora. La puerta de la estancia se abrió de pronto, suavemente, sin el menor ruido.

Una mujer enmascarada, joven, asomó la cabeza y fijó los ojos en la cama, donde yacía el hombre y la mujer, sometidos a la acción de la droga. Los circuitos visuales de Iako captaron la figura de la muchacha.

—¿Cómo van? —preguntó ella, en voz muy baja.

—Perfectamente. Estarán listos dentro de dos semanas.

—Sigue así, Iako.

—Sí, señora.

—Y no me menciones para nada en absoluto. Hasta que yo no te dé órdenes en contrario, tú no me has visto, ¿entendido?

—Entendido.

Los ojos de la joven estudiaron unos instantes el rostro de Luleen.

—Es muy bella —murmuró.

—Y, además, inmensamente rica —dijo el robot.

Una lágrima apareció en los bellos ojos de la muchacha.

—Se enamorará de ella, pero no me importa. Cuídalo, Iako —musitó.

—Sí, señora.

La chica se marchó. Iako volvió a su tarea. Más tarde, Ardax y Luleen harían los ejercicios físicos con los que completarían la enseñanza teórica que les era impartida durante el sueño hipnótico y que les permitía un enorme progreso en un breve espacio de tiempo.

* * *

Salían risas y voces de la taberna. Con la guitarra a la espalda, la espada al cinto y en su mano la de Luleen, Ardax se detuvo ante la puerta.

—Pasado mañana sale la nave. Hagamos la primera prueba, Luleen.

Ella vaciló.

—No sé si saldrá bien… Me mirarán tantos ojos…

—Y te admirarán —rio él—. Anda, vamos.

Entraron en la taberna, atestada de gente. Ardax se acercó al mostrador.

—Soy Ignus, trovador, y ésta es mi compañera Malia. Podemos entretener a tus clientes, a cambio de que nos permitas luego pasar el platillo —dijo al tabernero.

El dueño les miró especulativamente algunos segundos.

—Bueno —accedió al cabo,

Ardax eligió un lugar de la taberna donde había una especie de tablado, en el que se situó con el instrumento en las manos. El tabernero anunció sus nombres. Sonaron voces, silbidos y hasta algunas frases procaces. Luleen sentía las piernas inseguras, pero, en cuanto oyó las primeras notas de las cuerdas, todo el miedo se le pasó de golpe.

Mientras interpretaban su papel, tres hombres entraron en la taberna. Todos iban armados. Uno de ellos contempló a la pareja y frunció el ceño.

Ardax y Luleen se habían ganado a la clientela. Después de cada número, los aplausos eran ensordecedores y las monedas llovían.

De pronto, al acabar uno de los números, el recién llegado saltó al tablado y agarró a Luleen por un brazo.

—Quiero bailar con ella —dijo—. Anda, toca la guitarra, trovador.

Ardax miró al sujeto. Vestía ropas usadas, pero había algo en sus facciones que desmentía el papel de supuesto forajido que pretendía desempeñar.

—Ella no baila con los clientes; baila para los clientes —contestó.

CAPÍTULO IX

Hubo un momento de silencio. La mayoría de los presentes habían escuchado las palabras del recién llegado y la respuesta de Ardax, que era un claro desafío. Ahora, todos esperaban el desenlace de la escena.

El hombre rio insultantemente.

—Tú eres el tipo que ensartó a Par-Hoo —dijo—. Dudo mucho de que consiguieras hacer lo mismo conmigo.

Las cuerdas de la guitarra emitieron un melancólico acorde.

—Tienes una espada al cinto —contestó Ardax—. Yo también. Y, por cierto, dime tu nombre; no me gusta matar a la gente, sin saber el nombre que se ha de poner en su sepultura.

—Soy Brudo —dijo el individuo orgullosamente—. Y no llevo mi espada para adorno.

Extendió la mano izquierda bruscamente y Luleen salió rebotada, yendo a parar a unos metros de distancia. La joven cayó al suelo y quedó allí contemplando a los contendientes con ojos desorbitados.

Las espadas salieron a relucir. Ardax se dio cuenta de que ahora tenía ante sí a un esgrimidor mucho más experto que Par-Hoo. La sala era un tumulto de alaridos que animaban alternativamente a los dos combatientes.

De pronto, Ardax y Brudo chocaron con fuerza, juntos los puños de las espadas, cada uno, presionando contra el otro, a fin de arrojar lejos a su contrincante, buscar que quedase descubierto y tirarse a fondo. Ardax se rio en la misma cara de su antagonista.

—Te envía Larr, ¿verdad? —dijo, de modo que nadie más que Brudo pudiera oírle—. Pero, ¿de qué sirve el dinero cuando no se puede disfrutar de él? ¿No recuerdas lo que le pasó al hombre que mató a Dyon?

Los ojos de Brudo brillaron demencialmente. Hizo un esfuerzo supremo y lanzó a Ardax a cuatro pasos de distancia. Inmediatamente, se tiró a fondo.

Ardax saltó a un lado y desvió aquella feroz estocada Fintó a la garganta de su enemigo y éste levantó el brazo.

El tórax de Brudo quedó al descubierto. Una décima de segundo después, la espada de Ardax asomaba entre sus hombros.

Se oyó un rugido. Brudo trató de mover su mano derecha, pero ya no tenía fuerzas. Ardax retiró la espada. Brudo se vino de repente hacia adelante, a sus pies.

De súbito, se oyó un alarido. Un hombre pataleaba en el centro de la sala, con un cuchillo de cuatro hojas clavado en la base del cuello.

Ardax fijó la vista en el sujeto, a cuyos pies yacía una pistola de energía. Era uno de los compinches de Brudo.

Cerca de la puerta había una mujer. Ardax recordó una escena análoga.

Ahora, la misteriosa mujer le había salvado de nuevo. Pero Ardax no estaba dispuesto a que ella escapase ahora, sin decir los motivos por los cuales le ayudaba de modo tan enigmático.

Dejó caer la espada y saltó del tablado. Ella le vio y echó a correr hacia la salida.

Ardax, sin embargo, era más rápido. En Solitus había cazado muchas piezas a la carrera, no ya por necesidad, sino por educar sus músculos en la lucha por la supervivencia.

La mujer consiguió salir a la calle. Treinta pasos más adelante, sin embargo, Ardax alargó la mano y agarró uno de sus brazos.

—Párate —ordenó.

Ella se volvió. Unos ojos de pupilas muy claras contemplaron la elevada silueta del hombre.

—¿Qué quieres?

—Tu nombre —dijo Ardax.

—Sheryn.

—Sheryn…, ¿qué más?

—Eso es todo. —Ella alzó la barbilla orgullosamente—. Suéltame —pidió.

—Aguarda. Quiero saber algo. En dos ocasiones me has salvado la vida. ¿Por qué me ayudas?

—No me gustan las trampas de ninguna clase y en ninguna

situación. Ese hombre iba a matarte.

Ardax entornó los ojos, mientras estudiaba a la mujer que tenía frente a sí. Era de mediana estatura, delgada y de formas suaves, pero netamente femeninas. El pelo era oscuro, aunque no negro del todo.

La mano de Ardax aflojó la presión.

—Te he visto antes de ahora, aunque no consigo recordar dónde —dijo—. ¿Eres de aquí?

—¿Qué importa mi origen? —contestó Sheryn.

—Sí, quizá tengas razón. De todos modos, gracias.

—No me las des. He hecho solamente lo que creía justo.

—Tienes una puntería terrible con el cuchillo. No me gustaría considerarte como enemiga, Sheryn.

—No lo soy. ¿Eso es todo?

—Me gustaría saber algo más de ti, pero, por desgracia, nos vamos pasado mañana de Unyd. ¿Podré verte de nuevo algún día?

—¿Para qué? Ya tienes a tu danzarina —contestó ella.

Y de pronto, echó a correr, dejando a Ardax lleno de perplejidad, sin saber qué hacer.

Estuvo así unos momentos. Luego regresó a la taberna.

—¿Has alcanzado a esa mujer? —preguntó Luleen.

—No. Consiguió escapar —mintió Ardax.

Ella le miró de una manera singular. Luego, procurando dar a su voz una entonación natural, dijo:

—Sigamos, Ignus; el espectáculo debe continuar.

Los muertos habían sido retirados ya. Ardax recobró su guitarra y empezó a tocar de nuevo.

—¡Aquí no ha pasado nada! —gritó el tabernero—. ¡Siga la diversión!

Era una frase de un optimismo excesivo. Había pasado más de lo que se figuraba.

Y, sobre todo, Ardax no podía olvidar que Brudo había llegado con dos compinches a la taberna y que uno de ellos, a quien no conocía, estaba vivo en alguna parte.

* * *

El espectáculo terminó. Había tenido lugar en una de las grandes salas de la astronave, en presencia de cientos de espectadores.

La nave era capaz para dos mil personas y volaba a miles de kilómetros por hora, rumbo a Erkus-IV. El comandante no había tenido ningún inconveniente en acoger a dos artistas y su robot, para que se pagasen el viaje con los donativos que recogiesen de los pasajeros.

Los aplausos fueron unánimes al terminar la actuación. Uno de los espectadores que más aplaudían era una hermosa mujer, de unos veintiocho años, vestida con gran elegancia y adornada con joyas de incalculable valor.

La mujer hizo una seña con la mano. Un oficial se acercó a ella, escuchó respetuosamente y luego se dirigió a Ardax.

—Trovador, la ilustre señora Hania de Slul quiere que vayas luego a su cámara. Tiene deseos de escucharte a solas —dijo.

Ardax enarcó las cejas.

—No acostumbro a…

—Hania tampoco está acostumbrada a recibir negativas cuando pide algo —dijo el oficial—. Y, ¿no estás aquí para pagarte el pasaje? Ella recompensará bien tu música, te lo aseguro.

Ardax comprendió que debía seguir desempeñando su papel.

—Te ruego mil perdones —contestó.

—Ella ocupa la cámara de lujo —informó el oficial.

Luleen lo oyó y sintió celos.

—¿Vas a ir? —preguntó.

—No tengo otro remedio —contestó él.

—Pero esa mujer… Me he fijado en ella mientras actuábamos… Te devoraba con los ojos…

—Hania es «alguien». Podemos necesitar su ayuda en Erkus-IV. Y, a fin de cuentas, tú quieres recobrar lo que te arrebataron, ¿no es así?

Luleen apretó los labios, pero ya no formuló ninguna objeción. Más tarde, sin embargo, cuando después de la cena, Ardax se disponía a acudir a la cámara de Hania, Iako le dijo algo que le hizo sentirse muy preocupado.

—Ten cuidado, Alan —informó el robot—. He visto al otro acompañante de Brudo.

—Gracias, Iako, lo tendré en cuenta.

Momentos después, Ardax llamaba a una puerta. Alguien manejó desde el interior el mecanismo de apertura automática.

—Entra —dijo Hania.

Ardax se inclinó profundamente.

—Señora…

Ella sonrió. Era muy hermosa y tenía un gran atractivo. El pelo, intensamente negro, caía en brillantes cascadas sobre sus hombros. El lujoso vestido que llevaba antes había sido sustituido ahora por una especie de peinador de color rojo oscuro, de tejido muy liviano.

—Te he oído cantar —dijo—. Tienes una voz espléndida, Ignus.

—Sus oídos son muy benévolos, señora —contestó Ardax.

Hania sonrió levemente.

—Ven, acércate, tomaremos una copa juntos —invitó—. Luego tocarás algo para mí.

Hania le ofreció una copa de finísimo cristal, casi llena de un vino dorado, absolutamente transparente. Ardax olfateó levemente la copa y luego tomó un sorbo.

—Digno de una dama tan hermosa como tú —elogió.

Hania rio suavemente.

—Vas a Erkus-IV, creo —dijo.

—Soy un trovador —contestó él—. Tengo que ganar el dinero suficiente para los pasajes de mi bailarina y de mi robot.

—Un robot… Completa un trío realmente extraño, ¿no crees?

—Posee una cantidad de conocimientos musicales inagotable. Cuando mis canciones resultan ya muy oídas, aprendo otras nuevas.

—Sí, ya comprendo. Ignus, un hombre como tú, podría ganar muchísimo dinero en la corte. Al Regente le encantan los artistas.

Ardax se puso en guardia al oír la palabra regente. ¿Acaso la bella Hania era una agente de Ishabor?

—No creo que mi arte llegue a interesar al Regente —dijo.

—Todavía tiene que escucharte…, y ver bailar a tu acompañante —sonrió Hania—. Estamos solos —le miró por encima de su copa—. ¿Qué tocarías para mí en esta ocasión, Ignus?

—*¿Te parece bien la Balada del Vagabundo de las Estrellas?*

Hania hizo un gesto con la mano. Luego se sentó lánguidamente.

—Empieza, te lo ruego.

Ardax arrancó las primeras notas a las cuerdas de su guitarra. Luego empezó a cantar, con bien modulada voz, el lamento de un hombre condenado a vagar eternamente por el espacio, sin poder asentarse jamás en un sitio fijo, tras la amada perdida en algún remoto rincón de la galaxia, avergonzada por su traición.

Al terminar, había humedad en los hermosos ojos de Hania.

—Jamás había oído nada tan bello, Ignus —confesó.

—Es una canción muy bonita, pero triste. También conozco canciones alegres, como las que cantan los astronautas cuando regresan…

Ardax empezó a cantar de nuevo. Era una melodía sencilla, pegadiza. Hania la acompañaba con leves golpecitos de su pie derecho. De vez en cuando, tomaba un sorbo de vino.

Al terminar, se puso en pie, aplaudiendo entusiasmada.

—¡Maravilloso! —exclamó—. ¡Haré que te inviten a la gran cacería de gigantosaurios, que se celebrará la víspera de la fiesta del cumpleaños de Ishabor!

—Debes de ser persona influyente en la corte —supuso Ardax.

—El Regente me debe más de un favor —contestó tilla—. Después de la cacería, habrá una cena, con una gran fiesta y tú serás una de las principales atracciones.

—Con mi bailarina.

Hania se le acercó de pronto, con los ojos muy brillantes y el pecho opulento palpitando a un ritmo superior a lo normal.

—Olvida ahora a esa mujer —susurró.

Ardax sonrió. Por un instante, pensó en el cambio que había dado su vida. Cinco años antes, era un oficial de la Armada de Zhegunn, rígido, ordenancista, con un futuro prometedor ante sí, con la perspectiva de llegar a Lord Supremo antes de los cincuenta años.

Ahora era un proscrito, un trovador vagabundo…, pero estaba junto a una hermosa mujer.

Y los labios de Hania de Slul eran cálidos y suaves sus brazos, de mórbida blancura.

CAPÍTULO X

La hora era muy avanzada cuando Ardax abandonó la cámara de Hania.

El silencio era absoluto. Sólo se percibía el tenue rumor de los motores hiperatómicos, que funcionaban allá en las profundidades de la espacionave.

Ardax caminó en busca de su camarote. Bajó a la cubierta inferior y caminó a lo largo de un corredor, protegido por una barandilla metálica.

De pronto, cuando ya iba a meterse en el pasillo que conducía a su alojamiento, un hombre surgió ante él, empuñando una pistola de energía.

Ardax reaccionó fulminantemente, arrojándole la guitarra a la cara. Al golpe, el sujeto se tambaleó y su disparo salió alto.

Pero consiguió rehacerse. Iba a disparar de nuevo, cuando algo asomó por su pecho.

Ardax se agachó velozmente. La segunda descarga pasó rozándole los hombros. El asesino había apretado el disparador por un movimiento reflejo.

Detrás del asesino, estaba Luleen. Ella retrocedió y la espada salió de su vaina de carne.

Un cuerpo humano rodó por el suelo. Ardax se inclinó, recogió la pistola de energía, puso el seguro y se la metió en la pretina de los pantalones.

—Parece ser que estoy destinado a deber mi vida a las mujeres.

Los ojos de Luleen centelleaban.

—Has estado con esa pájara caprichosa…

—Cállate. No fui por mi voluntad.

—Pero tampoco buscaste un pretexto adecuado para negarte.

—Cuando alguien como Hania de Slul pide algo, se le da —respondió él secamente.

Miró el cuerpo tendido a sus pies, que se desangraba lentamente.

—Hemos de hacerlo desaparecer —añadió.

—¿Cómo? —preguntó Luleen, algo más calmada.

—Abajo, en la última cubierta, hay un expulsor de desperdicios. Ve a tu camarote y trae tu capa. También un par de toallas mojadas.

Luleen echó a correr. Momentos después, volvía con las prendas.

Ardax envolvió en la capa el cadáver del asesino. Ella, con las toallas mojadas, empapó la sangre y limpió el suelo.

—Sígueme —dijo Ardax.

Luleen obedeció con sorprendente mansedumbre. Al llegar a la última cubierta, abrió la puerta que le señaló Ardax. En el centro había un disco circular de más de dos metros de diámetro.

—El interruptor está a tu izquierda —dijo él.

Luleen bajó una palanquita. El círculo de metal se dividió en dos mitades, que se abrían hacia arriba.

Un sordo zumbido brotó del edificio. A un metro del suelo, las aspas de un enorme extractor giraban a miles de revoluciones por minuto.

Ardax arrojó el cadáver al agujero. El zumbido cambió de tono. Luleen se estremeció al oír unos ligeros chasquidos, pero el ruido duró apenas un par de segundos.

La capa y las toallas fueron a parar también al extractor y convertidas en finísimas partículas, en breves instantes. Ardax tocó el interruptor y la cubierta se cerró de nuevo.

—Ahora, el expulsor funciona automáticamente y lanza al vacío espacial lo que el extractor ha convertido en trozos microscópicos —dijo.

Luleen le miró fijamente.

—Parece que conoces muy bien las astronaves —comentó.

—Fui… Estuve sirviendo como tripulantes durante algunos años —contestó él evasivamente, a fin de no declarar la verdad sobre sí mismo.

Luleen se pasó una mano por la frente.

—Comprendo —murmuró—. Ignus, necesito una copa.

—Arriba, en la primera cubierta, hay un bar abierto toda la noche.

Abandonaron el cuarto. Luleen dijo:

—Iako me advirtió de la presencia de un posible asesino a bordo de la nave, el tercero de los hombres que entraron en la taberna.

—Sí, también me lo dijo a mí. ¿Cómo le sorprendiste?

—No había dormido en toda la noche. Una vez me asomé y vi a un tipo aguardando a la entrada del corredor. Supuse que sería él.

—Y usaste mi espada.

—¿Podía hacer otra cosa? Aunque, a veces, pienso que debí haber permitido…

Ardax cogió con fuerza el brazo de la joven.

—¿Y quién te hubiera ayudado a recobrar lo que te robaron?

Luleen se mordió los labios.

—¡Pero has estado mucho tiempo con esa mujer! —se quejó.

—Lo siento, no tuve otro remedio. Y todavía la veré en más ocasiones.

—¿Cómo…?

—No grites —dijo él en tono reprensivo—. La gente duerme. Pero debes saber una cosa. Somos artistas invitados, para la fiesta que seguirá a la gran cacería de gigantosaurios.

—¿Te lo ha dicho Hania?

—Sí. Le hemos gustado.

—¡Hum! Yo hablaría mejor en singular, Ignus.

Ardax rio suavemente.

—Estas cosas suceden de un modo inevitable —dijo.

—¡Cínico! —le apostrofó ella.

—Como, por ejemplo, a orillas de un río, una noche cálida…

—No me lo recuerdes —dijo Luleen ásperamente—. Debía de estar loca…

—Era la ocasión. Quizá no vuelva a presentarse de nuevo. Pero lo interesante es que vamos a introducirnos en la corte de Ishabor.

—De Thysmon. Él es nuestro futuro rey y no ese usurpador.

—Hasta ahora, no ha usurpado nada.

—Lo hará, Ignus.

—Se lo impediremos. Pero, te guste o no, me es imposible desairar a Hania. Es persona influyente en la corte.

Ella entornó los ojos.

—Se dice que pretende ser la esposa de Ishabor —murmuró.

—Lo que podría convertirla en reina del sistema binario.

—Sí, lógico.

—Bueno, veremos de contrarrestar sus planes. Pero hay algo que no debemos olvidar, Luleen.

Ya llegaban al bar. Ella se volvió para mirarle.

—¿Qué es, Ignus?

—El perfecto servicio de espionaje de Larr. Y sus deseos de eliminar a todo el que pueda hacerle sombra.

* * *

Iako estaba en pie, en uno de los rincones del camarote. Ardax empezó a desvestirse.

—Iako, conecta tu batería principal —ordenó.

—Sí, Alan —contestó el robot.

—Iako, voy a darte una orden. Grábala bien en tus circuitos.

—Sí, Alan…

—A partir de ahora, me llamarás Ignus. Olvida el nombre de Alan.

—Enterado.

—Muy bien, gracias. No trato de herir tu sensibilidad cibernética, pero tú sabes muy bien cuál es mi posición. Erkus-IV es un protectorado de la Liga de Sistemas. Sin embargo, también estoy aquí fuera de la ley.

—Comprendo.

—Un día, espero, conseguiré probar mi inocencia…, aunque, si triunfo, dudo de que vuelva a ocupar mi cargo. Me gusta esta vida libre, nada reglamentada, viajar sin tener que depender de nadie, ni obedecer a nadie.

—Eres un humano. Tus deseos son enteramente lógicos.

Ardax sonrió.

—Y tú eres la perla de los robots —elogió—. ¿Has podido moverte libremente por la nave?

—No he tenido dificultades, excepto con un par de muchachas.

—Tu apariencia es enteramente humana. ¿Qué ocurrió?

—Me guiñaron el ojo. Simulé una miopía atroz.

Ardax soltó una gran carcajada. Luego, sentándose en la cama, empezó a quitarse las botas blandas, con grandes vueltas, que usaba como parte de su atuendo de trovador.

—Eres único, Iako —dijo—. Bien, como te has movido libremente por la nave, tus circuitos auditivos y visuales han podido funcionar intensivamente. ¿Análisis de la situación?

—Inminencia de golpe de Estado.

—Ishabor al poder, ¿eh?

—Sí.

—¿Opinión pública?

—Hostil en un ochenta y dos coma nueve por ciento. Doce coma tres por ciento, aprueban la idea de Ishabor. El resto, indiferente.

—Ochocientas veintinueve personas de cada mil no quieren que Ishabor sea rey. Y, sin embargo, está dispuesto a conseguirlo.

—Kaster Larr le ayuda con todo su poderío económico.

—Larr espera recuperar la inversión multiplicada por mil —dijo Ardax—. Esas ciento veintitrés personas por mil que apoyan a Ishabor recibirán más dinero y beneficios y gabelas de otras clases.

—Es de suponer.

—¿Alguna indicación de cómo piensa dar Ishabor su golpe?

—No. Todos lo temen o lo esperan, lo suponen, en una palabra; pero nadie tiene la menor idea de cómo ni cuándo ocurrirá.

Ardax meneó la cabeza.

—Ishabor es un tipo imprudente —dijo—. El dinero, a veces, no basta para cerrar las bocas amigas. Ni tampoco las enemigas.

—Sí —dijo Iako escuetamente.

—Ahora, por favor —pidió Ardax, ya tendido en la cama—, una última pregunta.

—Dime, Ignus.

—¿Quién te envió a Solitus?

—No lo sé.

Ardax carraspeó.

—Iako, recuerda que eres un robot —dijo—. Estás obligado a contestar…, y a contestar la verdad.

—Repito que no lo sé —insistió la máquina—. Yo estaba en el almacén y alguien pidió un robot tipo $0 - 4 = 0 - 1$. El encargado de ventas grabó una dirección en mis circuitos, pero no me dio ningún nombre.

—¿Y…?

—Era un humano, sexo femenino, pero llevaba una máscara puesta.

—Pero podrías reconocerla por la voz.

—Indudablemente. Pero me dio la orden de no reconocerla.

Ardax masculló una interjección. El robot no desobedecería aquel mandato.

—Por lo demás, el humano-mujer me ordenó que te obedeciese y ayudase en todo lo que me fuese permitido por las leyes robóticas,

excepto en este punto —concluyó Iako.

Ardax cerró los ojos.

—Punto final —murmuró.

Pero luego pensó: «No, puntos suspensivos. Un día la encontraré y…»

Se quedó dormido.

CAPÍTULO XI

Ardax entró sin llamar en el cuarto de Luleen. Ella estaba a medio vestir y protestó por la irrupción del joven:

—Al menos, podías avisar…

—Lo siento —se disculpó Ardax—. Estaba un poco distraído… Bien, ya he encontrado a Pheldus de Vyr.

—¿Has hablado con él? —preguntó Luleen, mientras sujetaba la toalla de baño con las manos.

—No. Simplemente, quise decir que lo había localizado. Ah, además he traído dos cosas, para ayudar a tu seguridad.

Ardax le entregó un paquete, que ella tomó con una sola mano.

—¿Qué es? —preguntó, curiosa.

—Unas lentillas para tus pupilas. Las tuyas son demasiado claras. Además, hay un frasco de tinte; es inofensivo para la epidermis.

—¿Cómo? ¿Tengo que pintarme…?

—No, Llena la bañera y vierte en el agua todo el contenido del frasco. Luego sumérgete y aguarda quince minutos. La cara también, por supuesto.

—En el hotel podrán sospechar…

—Nos iremos a otro, en cuanto estés lista. El tinte es inofensivo. Durará tres semanas. Luego, tu piel empezará a blanquear de nuevo. Para entonces, espero, ya se habrá solucionado todo.

—O estaremos muertos. Ishabor no perdona.

—Viviremos —sonrió él—. Bien, ¿lleno yo la bañera o la llenas tú?

—Parece que tienes prisa —comentó la joven—. De acuerdo, voy a empezar a transformarme.

Media hora más tarde, Luleen era una mujer de tez oscura, color canela fuerte, pelo negro y ojos marrones. El vestido era largo, hasta los

pies, pero el escote no tenía nada de moderado.

Ardax caminaba a su lado, vestido con una blusa holgada, pantalones ajustados, botas de media caña y la espada y la pistola al cinto. Sobre la cabeza llevaba puesta una gorrilla con dos pequeñas plumas. La guitarra iba terciada al brazo.

Iako caminaba con ellos. Había una gran animación en las calles de Erkusia, la capital. Corría el vino en abundancia y las gentes se mostraban alegres y acogedoras.

Abundaban los retratos del Regente. En más de uno de ellos vieron pintados diversos calificativos nada favorecedores. También se veían carteles con la fotografía de Ardax. En algunos, Ardax vio, una vez más pintada la palabra «inocente».

De súbito, un hombre joven, bien vestido, agarró la muñeca de Luleen y la detuvo en seco.

—¡Luleen! —gritó—. ¿Qué diablos haces aquí? ¿De dónde sales?

Ella vaciló. Ardax decidió tomar la iniciativa.

—Creo que te equivocas, mi señor —dijo—. Ella es Malia, mi bailarina.

—Así es —confirmó la interesada—. No conozco a esa Luleen ni a ti.

El hombre se quedó desconcertado.

—Un trovador y una bailarina —murmuró—. ¿Por qué no venís a mi residencia? Esta noche doy una fiesta…

—Imposible, mi señor —cortó Ardax—. Ya estamos comprometidos.

—No suelo admitir negativas, extranjero —dijo el joven, a la vez que fruncía el ceño.

—En este caso, deberás resignarte.

Hubo un instante de silencio. Luego, el joven se fijó en la espada que pendía del cinturón de Ardax.

—Sabrás manejar el acero, supongo.

—Suelo usarlo para ensartar pollitos…, de cabeza hueca.

El joven se enfureció al escuchar la burlona respuesta. Dio un salto atrás, desenvainó su espada y gritó:

—¡Trata de ensartarme, extranjero!

Ardax sonrió. Se quitó la guitarra, que entregó a Iako, y sacó la espada.

El combate, presenciado por infinidad de curiosos, que se habían congregado para disfrutar de un espectáculo gratuito, tuvo muy poca historia. Ardax paró fácilmente todas las estocadas que le dirigió su

contrincante y acabó con un desarme, que hizo voltear la espada unas cuantas veces, antes de caer al suelo.

El joven se quedó estupefacto ante aquella exhibición de esgrima.

—Eres un buen espadachín —dijo—. No todo el mundo puede alardear de haber vencido a Carvyl de Thesmon.

Ardax sonrió. Enfundó su espada, se inclinó para recoger la de su adversario y se la tendió por el puño.

—En otra ocasión, tendremos sumo gusto en amenizar una de tus fiestas, mi señor —dijo.

Y ya se disponía a marcharse, cuando Carvyl le llamó:

—¡Aguarda, extranjero! Todavía no sé tu nombre.

—Ignus, simplemente Ignus, señor.

Ardax y sus dos acompañantes, la humana y el robot, continuaron su camino. Ardax observó que Luleen parecía muy alterada.

—¿Le conoces? —preguntó.

—Sí. Es uno de mis pretendientes, el que más me agradaba de todos, debo ser sincera. Primo de Thysmon, el príncipe.

—Un noble pagado de sus pergaminos.

—Pero leal y desinteresado, y fiel a su primo.

—A Carvyl le conviene enfriar un poco su sangre. Es muy impulsivo.

—Debe de sucederle algo raro. Nunca se portó de semejante manera.

—Tú eres la causa, Luleen.

—No, ha creído reconocerme, pero no ha insistido. Repito, Ignus, algo le sucede.

Luleen no estaba en condiciones de decir más, por lo que Ardax se sintió muy preocupado. Cuando un hombre, de ordinario mesurado se portaba como un mozalbete, era que le sucedía algo muy extraño…, y, probablemente, relacionado con la conspiración de que eran autores principales el Regente y su interesado acólito, Kaster Larr.

* * *

—Stakyriam.

Pheldus de Vyr oyó la palabra clave y se estremeció ligeramente. Luego contempló con gran atención al trío que tenía frente a sí.

—¿Quién te indicó la palabra clave? —preguntó Pheldus.

—Dyon. Ha muerto. Recibió una descarga de energía a mínima

tensión.

—Suficiente para convertirse en humo. ¿Quiénes sois?

—Ignus. Luleen de Grord. Iako, mi robot.

Pheldus se puso en pie y salió detrás de la mesa en que se hallaba.

—Imposible —dijo—. Luleen ha muerto… Se rumorea que…

Ardax sonrió.

—Luleen, ¿conocías a Pheldus? —preguntó.

—Y él me conocía a mí —contestó la joven—. Pheldus, estoy disfrazada para mayor seguridad. Ignus es el trovador y yo la bailarina. Iako es, oficialmente, nuestro almacén de música y danzas.

Pheldus dio una vuelta entera en torno al trío.

—Snaqur no habría comunicado la palabra clave a una persona en quien no confiase de un modo absoluto —dijo al cabo—. Bien, ¿en qué puedo ayudaros?

—A ella le robaron todo. Yo sólo trato de ayudarla a que lo recobre. Pero, además, en el fondo de este asunto, está el golpe de Estado que Ishabor piensa dar.

—Sí, lo tiene muy bien planeado, aunque no sabemos cuándo disparará su artillería —contestó Pheldus—. Sucederá, creemos, el día de la fiesta de su cumpleaños. Habrá cacería de gigantosaurios…

—Y una gran fiesta, a la cual estamos invitados —manifestó Ardax —. Pheldus, ¿no hay modo de evitar el golpe de Estado?

Pheldus hizo un gesto de resignación.

—No sé cómo. He tratado de enterarme, pero no lo he conseguido. Ni siquiera derrochando el dinero a manos llenas, pero con discreción.

Luleen se volvió hacia Ardax.

—Pheldus era mi director general en Erkusia —explicó.

—Ahora lo soy de Larr —dijo el interesado—. Pero en cuanto el Regente sea rey, Larr me echará a patadas y pondrá a otro en mi lugar. No sé a quién, no tengo la menor idea —añadió Pheldus, desanimado.

Ardax meditó un momento.

—Quizá yo tenga el medio de enterarme de la forma en que Ishabor planea asaltar el poder —dijo de pronto.

—¿Cuál es ese medio? —preguntó Luleen.

—Ya lo sabrás —sonrió él—. Pheldus, vamos a indicarte cuál es nuestro alojamiento. Si averiguas algo, envíanos un mensajero seguro.

—De acuerdo. —Pheldus meneó la cabeza—. Con tal de que Carvyl y sus amigos no lo echen a perder todo…

Luleen se alarmó.

—¿Qué sucede con Carvyl? —preguntó.

—Esta noche, obsequia con una fiesta a sus amigos. Probablemente, en algún momento, se reunirán unos cuantos para debatir la cuestión de cómo oponerse al Regente. Pero lo están haciendo rematadamente mal; es del dominio público que ellos no reconocerán jamás a, Ishabor como rey y que incluso tratarán de asesinarlo…

Luleen se volvió hacia Ardax.

—Tenemos que hacer algo para evitar que Carvyl sufra daño alguno.

El joven sonrió.

—Voy a sentirme celoso de Carvyl —dijo.

—Oh, no seas tonto. Si los hombres de Ishabor les atrapan, serán condenados a muerte…, puede que ejecutados sobre el terreno.

—Está bien, ya haremos algo. Pheldus, nos hospedamos en *El Cinturón de Wyldia.*

—Entendido —contestó el comerciante.

La entrevista concluyó. Pheldus les ofreció dinero, pero Ardax lo rechazó; por el momento, no lo necesitaba.

Cuando salieron a la calle, Iako dijo:

—Sugiero la conveniencia de presentarse esta noche para actuar en la fiesta de Carvyl. Así podrán explicarle lo que sucede.

Ardax chasqueó los dedos.

—Claro, cómo no se me había ocurrido… —Miró a Luleen y sonrió —. No tendrás reparo en enseñar tus bellas piernas a los invitados de tu más ferviente admirador, supongo.

Ella enrojeció bajo el tinte de su piel.

—Tonto —le apostrofó.

Pero en su fuero interno, pensaba que no podía consentir que a Carvyl le sucediese el menor daño.

CAPÍTULO XII

—Convendría que yo fuese con vosotros a la fiesta —dijo Iako.

—¿Por qué? —preguntó Ardax, mientras templaba las cuerdas de su instrumento.

—No estaría de más contar con un detector de pistolas de energía.

—Oh —murmuró Ardax—. Está bien, ven con nosotros.

Empezó a pasearse por la habitación, mientras repasaba algunas de las canciones que habría de interpretar en la fiesta. De pronto, al asomarse a la ventana, vio algo que le dejó en suspenso.

El hotel, en realidad una posada de escaso prestigio, estaba en una calle vieja y mal alumbrada. La habitación de Ardax se hallaba en el primer piso.

Ardax no perdió el tiempo. Abrió la ventana y saltó a la calle, flexionando las piernas para amortiguar el impacto.

La chica le oyó y giró en redondo. Quiso echar a correr, pero ya la mano de Ardax se había cerrado en torno a su muñeca.

—Quieta —dijo él.

Los ojos de la joven le miraron entre sorprendidos y asustados.

—Déjame —pidió en voz baja.

—Acabas de escribir una palabra en ese cartel. ¿Por qué?

—Era inocente —contestó ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y basta.

La luz era muy mala. Ardax creyó ver algún rastro conocido en las facciones de la muchacha, pero no lograba recordar su cara.

—También escribías lo mismo en Unydia —dijo.

—Sí —admitió ella.

—Y ahora, ¿qué diablos haces aquí? Ella se encogió de hombros.

—Voy de paso —contestó.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? —preguntó Ardax.

—Lo siento.

Era una negativa rotunda. A Ardax le hubiera gustado conocer los motivos, pero vio claramente en el rostro de la muchacha que nada conseguiría.

—Corres graves peligros —advirtió—. Si te sorprende una patrulla puedes pasarlo muy mal.

—No te preocupes por mí; sé cuidarme.

Ardax la soltó.

—No sé qué decirte…, si estás loca…, o si haces bien… De todos modos, insisto, ve con cuidado.

El rostro de la joven se dulcificó.

—Cuídate tú también —dijo.

Echó a andar. Ardax la contemplaba, más alta de lo que parecía, con una singular esbeltez y el pelo libre y suelto sobre los hombros, cubiertos por un vestido de tela muy ligera.

De repente, al pasar frente a una esquina, dos hombres saltaron sobre la muchacha. Uno de ellos apoyó un puñal en su garganta.

—Tienes una hermosa bolsa en el cinturón —dijo.

—Y parece llena de dinero —añadió el otro.

De súbito, un tornado cayó sobre los dos ladrones. Uno de ellos salió disparado a diez pasos, chocó contra un muro y se desvaneció a causa del dolor que le causaba su brazo roto por la llave que le había aplicado Ardax. El otro, con ojos centelleantes de furia, sacó su puñal y se dispuso a atacar.

Ardax se había dejado las armas en el cuarto del hotel. Pero el ladrón no tenía posibilidad de triunfo.

El puñal se volvió contra su dueño y la hoja se clavó hasta el mango en la carne. Sonó un agónico quejido. Un cuerpo humano rodó por tierra.

—Vete, pronto —dijo Ardax.

La chica recobró su bolso y escapó a la carrera. Ardax regresó al hotel.

Lo hizo a tiempo. Cuando entraba, dos guardias encontraron en el suelo los cuerpos desvanecidos de dos individuos, uno de los cuales tenía clavado hasta la empuñadura un cuchillo.

El guardia más joven se estremeció.

—¿Qué les habrá pasado? —preguntó.

—Nada —contestó su compañero, más veterano—. Unos ladrones que se han encontrado con alguien que no se ha dejado robar, sencillamente.

* * *

El número fue aplaudido calurosamente por todos los invitados a la fiesta. Luleen pasó el platillo y recogió gran cantidad de monedas. El anfitrión se acercó a la pareja de artistas.

—Amigos… —dijo, a la vez que elevaba las manos para imponer silencio—, desde aquí quiero manifestar mi pública gratitud a Ignus y a su pareja Malia, por haber accedido a mi petición de divertir a mis invitados. Por cierto, cuando lo pedí, no lo hice con buenas maneras, y por ello he sufrido mi primera derrota como espadachín. Ignus me ha vencido.

—¡Imposible!

—¡No hay quien te gane, Carvyl!

—Eres el mejor de todos nosotros.

Ardax se inclinó profundamente ante el anfitrión.

—Estoy dispuesto a concederte el desquite, mi señor —dijo.

Los ojos de Carvyl brillaron.

—Acepto —exclamó—. Si pierdo, mis invitados verán que no he sido derrotado por un cualquiera.

Las espadas salieron a relucir bien pronto. Ardax dejó que Carvyl le tomase ventaja, pero también permitió una vez un fugaz encuentro cuerpo a cuerpo, juntos los puños de los aceros y las hojas en alto.

—No celebres la reunión con tus amigos —avisó en voz baja—. Ishabor lo sabe. Te han traicionado. Vendrán guardias a sorprenderos. Sé prudente.

El joven parpadeó, atónito.

—¿Cómo lo sabes? —murmuró.

—No hagas preguntas. Muchas vidas dependen de ti. Las probabilidades de que no lleguéis vivos al nuevo día son del ciento por ciento.

Los duelistas se separaron. Momentos después, se reunían de nuevo.

—Explícate un poco más, trovador —pidió Carvyl.

Ardax estudió los ojos de su antagonista. Carvyl había tomado un par de copas de más. El ardor y la pasión por sus ideas le cegaban.

Había que darle una lección.

—Lo siento —dijo, segundos más tarde, al atravesarle el hombro derecho.

Carvyl rodó por tierra.

—Me has vencido —declaró, con la cara deformada por el dolor.

Luleen gritó. Ardax le dirigió una mirada fulminante y ella, comprendiendo, procuró tranquilizarse.

Un hombre, seguido de un pelotón de guardias, irrumpió de pronto en la sala.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó.

Ayudado por un par de amigos, Carvyl se puso en pie.

—Nada de particular, capitán Marlos —dijo—. El trovador y yo decidimos tirar unos asaltos de esgrima. Ganó el trovador.

Los escrutadores ojos del oficial recorrieron la concurrencia, que guardaba un silencio absoluto. De pronto, Luleen, sonriendo graciosamente, se le acercó con una copa en las manos.

—¿Bebes, capitán?

Marlos sonrió.

—A tu salud, preciosa —dijo. Tomó un trago y miró al anfitrión—. Lamento el percance, señor. Yo también, años atrás, me creía invencible con la espada, hasta que surgió alguien mejor que yo. ¿Necesitas un médico?

—Yo soy médico —dijo uno de los invitados—. Si no tienes inconveniente, enviaré luego mi informe.

—Está bien. La fiesta puede seguir.

Marlos y sus guardias se marcharon. Mientras el médico trataba de restañar la hemorragia, Carvyl dirigió al joven una larga mirada.

Ardax sonrió suavemente. Luego cambió la espada por la guitarra.

—Siga la fiesta —dijo, mientras iniciaba los primeros compases de una alegre melodía.

Luleen empezó a bailar. Los invitados batían palmas. Carvyl no quería que nadie se sintiese triste por su derrota.

Más tarde, a la madrugada, Luleen se sintió furiosa.

—¿Tenías que herirle? —preguntó.

—Carvyl tiene el genio un poco vivo últimamente. Alguien debía refrescarle la sangre —contestó Ardax, impasible.

—Fue una solución acertada —calificó el robot.

—Tú también —dijo ella, exasperada.

—Si yo hubiera sido humano, habría aconsejado a Ignus que hiciese exactamente lo que ha hecho —contestó Iako con su impasibilidad característica.

* * *

A la noche siguiente, Ardax se escabulló del hotel y salió de la ciudad. Poco después, entraba en un gran jardín.

Era de noche. Una de las ventanas, que daba al jardín y tenía una pequeña terraza, estaba brillantemente iluminada.

Ardax se situó al pie de la terraza. Rasgueó las cuerdas y, sin alzar excesivamente la voz, inició los primeros compases de la *Balada del Vagabundo de las Estrellas.*

A los pocos instantes, una silueta, envuelta en muchos metros de tules, se asomó a la terraza.

—Ignus —exclamó Hania.

Ardax terminó su canción. Luego se quitó el sombrero y saludó, a la vez que ejecutaba una profunda reverencia.

—La noche es cálida y perfumada —dijo—. No he podido resistir la tentación de venir a cantar a la mujer más hermosa de Erkusia.

Hania sonrió suavemente.

—Es una sorpresa muy agradable —dijo—. Te lo agradezco infinito.

—Gracias, mi señora. Con tu permiso, seguiré…

—¿Ahí abajo?

Ardax se echó a reír. Sujetando la guitarra con una mano, desenroscó una cuerda que había traído enrollada a la cintura. Luego se puso la guitarra a la espalda y lanzó el gancho de la cuerda hacia arriba.

Segundos más tarde, pasaba las piernas por la balaustrada.

—Has venido prevenido —dijo Hania, haciendo aletear maliciosamente sus espesas pestañas.

—Soy enormemente presumido. Sabía que no querrías que nadie, sino tú, escuchase mis canciones.

Ella rio alegremente. Pero casi en el acto, los fuertes brazos del hombre rodearon su esbelta cintura.

—Ignus, eres terriblemente audaz —dijo.

—Sólo con las mujeres hermosas.

—Y con los hombres. He oído hablar de tu fama como esgrimidor…

—Una guitarra puede derribar a un hombre, pero no intimidarlo.

—Entiendo. —Ella se echó la cabeza hacia atrás, sin dejar de mirarle—. Anoche venciste a Carvyl.

—Es sólo un joven presuntuoso y pagado de su parentesco con el príncipe Thysmon. No resultó difícil, sobre todo, porque no estabas tú presente.

—¿Qué quieres decir, Ignus? —se sorprendió Hania.

—Es muy sencillo; no había ninguna mujer lo suficientemente bella para distraerme durante el combate.

Hania rio, evidentemente halagada. Pero su risa se extinguió casi en el acto, cuando los labios de Ardax presionaron con fuerza sobre los suyos.

CAPÍTULO XIII

En aquellos momentos, Iako estaba hablando con la muchacha enmascarada.

—Él ha salido —dijo ella.

—Sí —contestó el robot.

—¿Tenía que hacerlo?

—Es un humano, yo una máquina.

La chica sonrió bajo la máscara.

—Merezco la respuesta —dijo—. Bien, Iako, quiero darte un mensaje, para que se lo transmitas cuando vuelva…

De pronto, se interrumpió.

—No, no quiero que se lo digas de palabra —exclamó—. Es preferible que lo sepa de otro modo.

Abrió su bolso y sacó una hoja y un lápiz grueso. Acto seguido, escribió la nota y la puso sobre la almohada.

—Si te pregunta algo, di que tenías la batería principal desconectada —indicó.

—Sí —contestó Iako.

—Se extrañará, pero, ¿te ha dicho que vigiles?

—No.

—En tal caso, ya tienes la excusa. Adiós, Iako.

—Cuídate, señora.

Ella rio bajo la máscara. Abrió la puerta y echó a andar. De repente, se tropezó con Luleen.

—¿De dónde sales, pequeña zorra? —le increpó.

Al mismo tiempo, alargaba la mano para quitarle la máscara. Luleen recibió la respuesta más inesperada que pudiera imaginarse: una solemne bofetada que la dejó sentada en el suelo, con la mejilla

ardiendo.

Al cabo de unos momentos, se levantó y corrió al cuarto de Ardax. Abrió la puerta y vio a Iako junto a la cama, que se hallaba vacía.

—¿Has visto salir de aquí a una buscona? —preguntó.

—No he visto a ninguna buscona —contestó Iako.

Luleen se mordió los labios. Iako no podía mentirle, se dijo. Además, el cuarto estaba en orden.

—Al menos, podrías decirme adonde ha ido tu amo —exclamó, de malísimo humor.

—A veces, Ignus no me dice adonde se marcha —respondió la máquina.

Luleen vaciló todavía unos segundos. Luego acabó por encogerse de hombros.

—Me parece que me preocupo demasiado por alguien que, en el fondo, no me quiere —murmuró, a la vez que emprendía la retirada.

Ardax llegó a su cuarto cerca de la madrugada. Dejó la guitarra y se desciñó el cinturón. Entonces fue cuando vio la nota escrita.

Tomó el papel y sonrió al ver que era la misma letra que había escrito tantas veces la palabra «inocente». Dejó de sonreír, al conocer el contenido del mensaje:

«El plan se ejecutará durante la caza del gigantosaurio.»

Nada más, no había otra indicación, pero era suficiente para Ardax.

Aunque, por otra parte, lo sabía por otro conducto.

La voz de Luleen, sarcástica, sonó de pronto en la puerta:

—¿Agradable la velada?

Ardax se volvió. Luleen sonreía irónicamente.

—¿Quién ha sido la afortunada que ha disfrutado del encanto de tus canciones? —continuó.

—La persona que mejor podía informarme del plan del Regente —contestó Ardax, impasible.

—Hania de Slul.

—La misma.

—¿Y has tenido el atrevimiento de…?

—¿Por qué no? Como tú, es joven y hermosa. Y yo no he sido jamás insensible al hechizo de unos ojos ardientes y unos labios rojos.

—Has cambiado mucho desde que nos conocimos, Ignus —dijo

Luleen.

—Las cosas que han ocurrido, provocaron ese cambio. Pero, me parece, sigues queriendo recobrar lo que es tuyo y evitar el golpe de Estado.

Ella se irguió.

—Por supuesto —contestó.

—Entonces, te diré que mi visita a Hania no ha tenido sólo el objetivo de contemplar su bello rostro. Hania ha hablado, aunque no todo lo que yo querría, supongo que porque no está enterada de todo el plan.

—¿Lo sabes tú?

—Sólo sé que sucederá algo durante la cacería del gigantosaurio.

Hubo un momento de silencio. Luleen se mordió los labios.

—¿Qué puede pasar en la cacería? —murmuró al fin.

—Quizá nos lo pueda decir alguien, que sin saberlo, tenga experiencia en estos menesteres. Tú eres de Erkus-IV. ¿No conoces a algún cazador de gigantosaurios?

—Sí, creo que sí…

—Entonces, búscalo. Quiero verle y hablar yo con él. Ahora tenemos dinero, úsalo sin tacañería.

—Está bien. ¿Ahora?

—Cuanto antes, Luleen.

Ella se marchó. Ya amanecía.

Ardax se sentó en la cama.

—Iako, ¿lo sabe ella?

—¿A qué te refieres, Ignus?

—Al mensaje que he encontrado en mi cama, no te hagas el desentendido.

—Ignus, tienes que procurarme un circuito para sonreír. Me canso de tener siempre la misma expresión. Ahora sonreiría y…

—Está bien, suéltalo de una vez.

—Luleen preguntó si había estado aquí una buscona. Yo le respondí que aquí no había estado una buscona.

Ardax soltó una gran carcajada.

—Eres humano, Iako —afirmó—. En cuanto pueda, descuida, compraré para ti un circuito productor de sonrisas.

—Con un amo como tú, da gusto ser robot —contestó Iako, muy serio.

* * *

El hombre era bajo, achaparrado, de ojos hundidos y cejas muy espesas.

—Cada piel de gigantosaurio me vale quinientos áureos —dijo Tarlo, el cazador—. Pero los gastos de curtido y transporte se me llevan casi el noventa por ciento de…

—¿Cuánto le has dado, Luleen? —preguntó Ardax, indiferente a las quejas de Tarlo.

—Quinientos —contestó ella.

—Dale otro tanto. Queremos silencio, Tarlo. O tu cuello dejará de sostener tu mugrienta pelambrera.

—Seré mudo como un gigantosaurio de los que cazo —aseguró el individuo, de cuyo cuerpo se desprendía un hedor nada agradable.

Luleen le entregó cinco billetes de a cien.

—Sigue hablando —indicó.

—Es un animal enorme —dijo Tarlo—. Sin embargo, resulta fácil de cazar. Tiene el pecho muy blando, más que el vientre de una persona. Las lanzas trifoliadas penetran fácilmente… Usamos lanzas de tres hojas, porque así es más fácil llegar al corazón, ¿entiendes?

—Continúa —dijo Ardax.

—Bien, el animal tiene tres cabezas y tres cuellos, claro, de siete u ocho metros cada uno. Las cabezas son inofensivas, ya que es una bestia herbívora, aunque se conocen casos de tontos que se han dejado morder en una pierna. Lo peligroso son las dos colas, armadas con unos aguijones que tienen un veneno mortal. Pero son muy lentos de movimientos, repito; el cazador puede situarse sin dificultad bajo el primer par de patas (tiene seis, ¿eh?), y entonces empuja la lanza hacia arriba. Si se sorprende a la bestia, la caza es un éxito. Antes de que pueda reaccionar, uno ya ha escapado sin dificultad.

—La lanza debe clavarse en el pecho —dijo Ardax.

—Sí. El resto de la piel es muy dura. Claro que se podría perforar con una pistola de energía, pero, entonces, la piel bajaría enormemente de precio…

—Entiendo. Gracias, Tarlo.

El cazador se marchó. Ardax y Luleen quedaron en la habitación, con Iako.

—Bueno, no veo cómo ha de iniciarse el plan para el golpe de Estado durante la cacería —manifestó Ardax.

—A mí tampoco se me ocurre nada —murmuró Luleen.

—¿Qué pasaría si el pecho del gigantosaurio fuese de piel dura? —intervino Iako.

—Bueno, la lanza no traspasaría la piel…

—No estoy muy seguro de tener información en mis circuitos acerca de la caza de gigantosaurios erkusianos. Tendré que «rebuscar» en mis bancos de datos —dijo el robot.

Y se quedó callado, mientras Ardax y Luleen se devanaban los sesos, tratando de dar con la solución para un problema que se les antojaba insalvable.

* * *

Ardax decidió hablar con Pheldus. Tal vez el comerciante podría decirle algo sobre el particular.

Salió solo a la calle. Al doblar una esquina, oyó una voz conocida:

—¿Preocupado? Debes de estarlo mucho, cuando ni siquiera me has visto.

Ardax volvió la cabeza. Sheryn, apoyada en la pared, sonreía de un modo singular.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Espero a un amigo —contestó ella.

—¿Yo? —sonrió Ardax.

—Tal vez. No eres un enemigo.

—Sheryn, ¿por qué me ayudas?

—Es pronto para contestarte. Pero voy a darte una buena información.

—Me gustaría saber de dónde consigues tú las buenas informaciones —gruñó él.

—Oh, no es difícil. Con unos cuantos billetes, hasta la lengua más reacia se siente inclinada a pronunciar las palabras que a uno le interesan.

—Está bien, dilo ya.

—Soy muy amiga. Bien, digamos mejor que un teniente de la guardia de Ishabor trata de conquistarme.

—Y tú te dejas…

—Le sonsaco. Es jugador, ha perdido dinero últimamente. Le costaría caro si se supiese. Ishabor quiere que sus oficiales sean modelos de moralidad.

—Entiendo. Tú le has salvado del apuro…

—Y él me ha dicho que hace dos días fue con su sección de soldados a capturar un gigantosaurio.

—Eso es imposible. Un animal que pesa casi quince toneladas…

—Hay redes y gases narcóticos, Ignus.

—Creo que entiendo. ¿Qué más, Sheryn?

—Por la noche cenaremos juntos.

Hubo un instante de silencio.

—De modo que van a capturar un gigantosaurio vivo —dijo Ardax al fin.

—Sí. En Erkus existe la costumbre de que los jóvenes de familias nobles, y no hay nadie más noble que Thysmon de Baarad, cacen su primer gigantosaurio, para demostrar así que han dejado atrás la adolescencia y ya son unos hombres —explicó Sheryn.

CAPÍTULO XIV

Ardax se asomó a la taberna y recorrió el interior con la vista. Sentado a una mesa, con una mujer en los brazos, se hallaba Tarlo, el cazador.

Ardax se acercó a la mesa. Sonriendo, puso un billete de veinte áureos en el escote de la mujer. Ella le miró extrañada.

—Lárgate, déjanos solos —ordenó Ardax.

Ella vio algo en los ojos del hombre que le hizo obedecer en el acto. Tarlo lanzó una maldición.

—Caramba, ahora que empezaba a divertirme —se quejó.

—La diversión ha cesado para ti —dijo Ardax secamente—. Ha llegado la hora del trabajo.

—¿Trabajar? Es como si hubiese vendido ocho pieles…

Ardax agarró al sujeto por el cuello.

—Vamos, Tarlo; vas a ganarte otros mil áureos —murmuró.

Salieron a la calle. Luleen les aguardaba, sentada al volante de un aeromóvil de transporte.

—Vamos —dijo Ardax.

Luleen puso el vehículo en marcha. Mientras se deslizaban a moderada velocidad por las calles de Erkusia, Ardax explicó su plan.

—Nosotros tres solos no podremos —objetó el cazador.

—Para, Luleen; he cometido un error —dijo Ardax—. ¿Cuántos hombres más necesitaremos?

—Seis. Y todos expertos…

—¿Los conoces tú?

—Sí. Tendrás que gastarte el dinero…

—Quinientos áureos para cada uno. ¿Está bien?

—Pero, Ignus, no disponemos de esa suma —se alarmó Luleen.

Ardax se echó a reír.

—Olvidas que tenemos un Banco particular. Se abre solamente con pronunciar la palabra *stakyriam.*

—Ah, ya —dijo ella, comprendiendo el sentido de la respuesta—. Y tú has estado… en el Banco.

—Exactamente. Bueno, Tarlo, vamos a buscar a esos seis buenos amigos tuyos.

Trabajaron intensamente durante la noche, en los bosques situados en las cercanías de la capital. Al amanecer, dieron la labor por terminada.

—Bueno, si con esto no salimos adelante, no sé qué otra cosa hacer —dijo Ardax, cuando hubo despedido a Tarlo y sus amigos.

* * *

Frente al palacio real, donde residía también el Regente, la animación era extraordinaria. Para Ardax, era obvio que Ishabor trataba de ganarse la voluntad del pueblo. En varias larguísimas filas de hogueras se asaban unos enormes animales, de carne muy tierna, semejantes a bueyes, de los que cada cual podía servirse a su voluntad, sin más que cortar con el cuchillo. Miles de barriles de vino saciaban la sed de los asistentes al festejo. El vino y la carne no faltaban; apenas se vaciaba un barril o quedaba un asador sin más que los huesos, otro barril u otro buey venían a sustituirlo.

El lugar estaba brillantemente iluminado por miles de lámparas. Delante de la fachada principal del palacio, había un gran tablado, en el que los artistas realizaban voluntariamente sus números.

Tragafuegos, prestidigitadores, hipnotizadores, músicos, danzarinas con el cuerpo escasamente velado…, todos desfilaban por el monumental estrado. En el balcón principal, Ishabor, con Kaster Larr y un reducido grupo de fieles seguidores, contemplaban el espectáculo y aplaudían.

Thysmon también estaba presente y saludaba cada vez que se oían vivas en su honor. Ardax le vio y pudo contemplar a un muchacho de unos diecisiete años, alto, delgado y de rostro un tanto pálido, aunque le pareció observar en sus facciones ciertos caracteres de firmeza. Pero si el plan de Ishabor triunfaba, no tendría tiempo de demostrar su carácter en el Gobierno del sistema binario de Erkus-IV.

Aquella fiesta estaba destinada al pueblo. Al día siguiente, se celebraría la cacería y, por la noche, la cena de gala a la que estaban

invitadas las personas y familias de mayor relieve de Erkus-IV. El gasto de la cena sería inútil: se suspendería, a causa del duelo por el desgraciado fallecimiento de Thysmon.

Cuando les tocó el turno, Ardax y Luleen subieron al tablado. Su actuación arrancó grandes aplausos. En uno de los momentos, Ardax miró hacia arriba y vio que Ishabor se inclinaba ligeramente hacia Larr y le decía algo, que estimó se refería a ellos.

El gesto le dio muy mala espina, aunque continuó tocando normalmente. Al terminar, tanto él como Luleen saludaron hacia el balcón con una profunda reverencia.

Una bolsa llena de monedas cayó desde lo alto. Luleen la recogió y volvió a inclinarse. Luego, con Ardax, abandonó el estrado.

—Presiento algo —dijo él.

—¿Qué pasa? —preguntó Luleen.

—No lo sé aún. Ishabor hablaba con Larr de una forma que no me gustó en absoluto. Debemos estar prevenidos, Luleen.

—Tengo dinero. Compraré, pues, una pistola de energía —dijo la joven—. Si Larr o alguno de sus esbirros intentan algo, les convertiré en humo.

Regresaron a la posada, Al entrar, Ardax creyó ver tras una puerta la silueta de Sheryn, pero no hubiera podido asegurarlo.

Subieron al primer piso. Ardax abrió la puerta de su cuarto. Inmediatamente, divisó a un hombre sentado frente a la entrada, apuntándole con una pistola de energía.

—Hola, coronel Ardax.

* * *

Era un hombre de unos cuarenta años, tan alto como Ardax, pero quizá aún más ancho de hombros, de abundante pelo negro y vestido con cierta descuidada elegancia. Debía de resultar bastante atractivo para algunas mujeres, pensó el evadido de Solitus.

—Tú eres Kaster Larr —dijo Ardax.

—Así me llamo, en efecto.

—Y has venido a matarme.

Larr hizo un gesto ambiguo.

—Depende —contestó.

—¿De qué?

—Tú y tu bailarina conspiráis. Quiero saber los nombres de vuestros

colaboradores.

La pistola se elevó un tanto.

—Puedo convertirte en humo en una fracción de segundo —amenazó el visitante.

—Con lo que seguirás como estás ahora. Ni soy conspirador ni tengo colaboradores en ninguna supuesta conspiración. A propósito, ¿cómo me has reconocido?

—Eres muy buen espadachín. Las noticias de tus duelos llegaron hasta mis oídos. Me pregunté quién podría ser el forastero que manejaba tan bien la espada. Eso no es corriente en un trovador, ¿sabes?

—Continúa —dijo Ardax.

—Una vez, hace muchos años, quise ingresar en el Cuerpo de oficiales de la Armada Astronáutica de la Liga de Sistemas. Conocí el programa, cadete, subteniente artillero, teniente explorador… Cuando se llega a este grado, se aprende a sobrevivir o ahí se acaba la carrera del aspirante.

—Es cierto —admitió Ardax.

—Un teniente explorador debe conocer a fondo el manejo de toda clase de armas, sin excluir la espada. Empecé a pensar qué oficial de cierto rango habría podido abandonar la Armada a los treinta y dos años, más o menos. No suele ser una cosa frecuente; los oficiales de alto rango tienen muchas ventajas, que no se pueden desdeñar así como así. Entonces, me acordé de ti y de tu condena. Bastó entonces coger un retrato tuyo y pintarle bigote y barba como los usas ahora.

—Muy inteligente por tu parte, Kaster Larr. ¿Qué vas a hacer conmigo?

—La recompensa es de veinticinco mil áureos, pero no me interesa. Hay algo que me interesa mucho más todavía.

—¿Por ejemplo?

—¿Dónde está Luleen de Grord?

—Detrás de ti, apuntándote con una pistola —sonó la voz de la joven—. Suelta el arma, asesino, suéltala o dispararé.

Larr se estremeció. Vaciló un momento, pero acabó por obedecer. La pistola chocó contra el suelo con ruido metálico.

Ardax miró a la joven, que acababa de aparecer en el hueco de la ventana.

—Lo siento —dijo Luleen—, me entretuve demasiado, comprando la pistola.

—Chica, no irás a disparar contra mí, ¿verdad? —rezongó Larr.

Ella se echó a reír.

—Después de lo que hiciste conmigo, ¿no crees que tengo sobrados motivos para apretar el gatillo?

Larr se puso rígido. Ardax dio unos pasos y se apoderó de su pistola.

—Puedes irte —dijo.

—¡No, no le permitas que se vaya! —exclamó Luleen—. Irá a buscar una patrulla…

—Y si no vuelve, alguien vendrá a buscarnos a nosotros, porque Larr es lo suficientemente listo para haber dicho a alguien dónde pensaba ir. Por ejemplo, al capitán Marlos. ¿Me equivoco, Kaster?

Larr apretó los labios. Su silencio era más elocuente que todas las palabras.

—Kaster, vuestro plan no tendrá éxito —dijo Luleen—. Ishabor no conseguirá proclamarse rey.

—Veremos —dijo Larr secamente.

—Luleen, sería conveniente que nos largásemos de aquí —indicó Ardax—. Las cosas pueden ponerse feas en cualquier momento.

—Sí, pero, ¿qué hacemos con este canalla?

—Hay sábanas de sobra para atarlo y amordazarlo.

Larr fue obligado a tenderse en la cama. Luleen le encañonaba continuamente.

—¿Cómo se te ocurrió venir por la cornisa exterior? —preguntó él, mientras ataba a su prisionero.

—Iako estaba en mi cuarto. Me dijo que había detectado una pistola de energía. Supuso que alguien iría a tu dormitorio y se cambió antes de tiempo.

—Es una maravilla de robot —rio Ardax—. ¿Qué más?

—Bueno, bajé a recepción…, a lo que el dueño de esta pocilga considera recepción, y le compré su propia pistola por doscientos áureos. El resto ya lo sabes, Ignus.

—Se llama Alan Ardax —intervino Larr, que no había sido amordazado todavía.

Luleen se volvió hacia el joven.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Ya lo sabes —contestó él—. ¿Te molesta la compañía del mayor criminal de la historia?

—No puedo creer que lo fueras…

—¡Pagan veinticinco mil por él! —chilló Larr.

Ardax le tapó la boca.

—Yo le daré un millón cuando haya recobrado lo que tú me robaste, miserable —afirmó Luleen.

Larr emitió un gruñido ininteligible. Atado como un salchichón y ligado, además, a la cama, no podía moverse.

—Vámonos, Luleen —dijo Ardax.

Salieron al pasillo. Luleen llamó a Iako, quien se reunió inmediatamente con ellos.

—Gracias por tu ayuda, Iako —dijo Ardax.

—Es mi deber —contestó el robot.

En cuatro zancadas llegaron a la planta baja. Salieron a la calle y ya se disponían a alejarse de un lugar que consideraban, con razón, harto comprometido, cuando, de pronto, sonó una voz en la próxima esquina.

—¿Buscáis un refugio?

Ardax se volvió.

—¡Sheryn! —exclamó:

La chica se despegó de la pared.

—Estáis en apuros —dijo.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó él.

—Me lo dijo Iako, aunque también añadió que teníais la situación dominada. Por eso vine a esperaros.

Luleen entornó los ojos.

—¿Quién eres? —preguntó.

—No te preocupes —respondió la chica—. Tengo un buen escondite para ambos. Seguidme.

Sheryn echó a andar. Ardax y Luleen, tras una ligera vacilación, caminaron junto a ella. El robot se había unido también al grupo.

—Sheryn, antes dijiste que Iako te había avisado de que estábamos en un compromiso —observó Ardax—. Pero tú no estabas en la posada…

—Iako posee un emisor de pequeño alcance. Yo llevo un receptor en mi cinturón —aclaró la chica.

—¿La conocías tú, Ignus? —preguntó Luleen.

—No. No la había visto, hasta…

Ardax se mordió los labios. Todavía no conocía bien los motivos por los cuales Sheryn le ayudaba constantemente. Ahora, sin embargo, estaba segura de que ella era la que había enviado el robot a Solitus.

—Bueno, eso no importa ahora —rezongó, repentinamente malhumorado, aunque sin conocer muy bien las causas.

—Está bien, Ignus, no quise molestarte… Perdón, ¿debo llamarte Ignus o prefieres que emplee tu verdadero nombre?

—Si no me consideras como un criminal…

—Él es inocente —declaró Sheryn.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Luleen.

—Yo lo vi…

La chica se calló de pronto. Un relámpago iluminó de pronto la mente de Ardax.

La escena de la lectura de su sentencia acudió inmediatamente a su memoria. Aquella chica, que había irrumpido en la sala, proclamando a gritos la inocencia del acusado…

—Eres tú —dijo, atónito.

Ella suspiró.

—Sí, soy yo, Selene 116 – 81 – 90, la hija del general Markovr, el comandante de tu división, cuando eras sólo un simple capitán —contestó.

CAPÍTULO XV

Los cazadores avanzaban por la selva, armados solamente con sus largas lanzas trifoliadas, que se elevaban a tres metros por encima de sus cabezas. Ishabor caminaba junto a Thysmon, dándole consejos a media voz.

Larr, Marlos y algunos de los secuaces iban un poco más atrás. Desde lo alto de un gigantesco árbol, en el que había una plataforma de troncos, Ardax y las dos mujeres, con Iako, contemplaban la escena.

Un fuerte trompeteo, de sones discordantes, se oyó a lo lejos.

—Ahí está el primer gigantosaurio —murmuró Selene.

—¿Quién te indicó este escondite? —preguntó Luleen.

—El mismo que os ayudó a cazar el gigantosaurio.

—Tarlo… —murmuró Ardax.

—Sí. Es su puesto de observación. Lo utiliza cuando va a cazar y pasa aquí la noche, si no ha podido concluir el trabajo durante el día.

Los cazadores se encontraban todavía a unos quinientos metros de distancia. Pese a la abundancia de árboles, de enorme altura la mayoría, los claros eran frecuentes.

—No sé por qué diablos van a hacer correr un riesgo semejante a ese chico —rezongó Ardax de pronto.

—La caza del gigantosaurio es más fácil de lo que parece —dijo Selene—. Cierto que dispone de dos colas, con aguijones mortales, pero éstos no pueden alcanzar al cazador que se sitúa bajo su pecho. En realidad, los aguijones le son más necesarios al animal para luchar contra las bestias de mayor tamaño que un hombre.

—Pero las tres bocas… —dijo Luleen, aprensiva.

—Es muy torpe de movimientos. Si se aparece bruscamente delante de él, antes de que pueda bajar una de sus tres cabezas, el cazador ya

está debajo, dispuesto a asestar su golpe mortal.

El trompeteo se repitió, Los cazadores se detuvieron.

Larr dijo algo. Ishabor y Thysmon se escondieron detrás de unos arbustos. Marlos y sus hombres disponían de fusiles de energía, listos para usarlos, aunque no en defensa precisamente de Thysmon.

Otro gigantosaurio berreó en las inmediaciones. Ishabor palmeó los hombros del muchacho.

El momento culminante se acercaba. Casi de súbito, dos gigantosaurios aparecieron en las inmediaciones.

Ardax contempló fascinado las enormes bestias, de casi cuarenta metros de largo, por diez de altura, desde las bocas a las colas. La piel, de grandes escamas, aparecía durísima, intraspasable para las lanzas, salvo en el único punto débil.

Ishabor señaló uno de los monstruos. Los animales se acercaban pacíficamente, ramoneando los vegetales que encontraban al paso. De repente, Ishabor tocó en el hombro a Thysmon.

El muchacho salió corriendo. Ishabor corrió igualmente hacia su presa. Había otros espectadores, algo más alejados, y era preciso demostrar públicamente que todo lo que iba a ocurrir allí seria accidental.

Thysmon se metió debajo del gigantosaurio y elevó la lanza hacia arriba, con todas sus fuerzas. Las tres hojas se adentraron profundamente en el pecho de la bestia, de cuyas tres cabezas brotaron en el acto sendos chillidos de dolor.

El príncipe escapó a la carrera, dejando la lanza hincada en el cuerpo del animal, que se debatía furiosamente. A cada movimiento que hacía, las hojas de acero, afiladísimas, se movían también en el interior de su cuerpo y causaban horribles destrozos en sus órganos vitales.

Mientras, Ishabor había alcanzado ya su punto de ataque. Elevó la lanza, pero las tres puntas apenas si hicieron otra cosa que rozar la piel del animal.

Lleno de pánico, Ishabor se dio cuenta de que había atacado precisamente al animal «preparado». La falsa piel colocada bajo el punto blando, era demasiado dura para ser traspasada en su totalidad por las tres hojas de la lanza.

Repitió el golpe. Una de las hojas se quebró, con sonido casi musical. Aterrado, Ishabor intentó soltar la lanza y escapar de allí corriendo.

Pero había perdido ya un tiempo precioso. En el momento en que salía de debajo del animal, una de sus cabezas le agarró por la cintura y

le elevó en el aire, en medio de los gritos de horror y de espanto de la concurrencia.

El largo cuello a que pertenecía aquella cabeza se curvó hacia atrás. Al mismo tiempo, la cola derecha serpenteaba hacia adelante. El alarido de Ishabor taladró los tímpanos de todos los presentes.

El aguijón, largo de más de treinta centímetros, negro, córneo, se hundió profundamente en su cuerpo. Luego, el cuello de la bestia se agitó y su presa salió disparada a gran distancia.

Ishabor chocó contra el tronco de un árbol, rebotó y cayó al suelo.

Cubierto de sangre de pies a cabeza, aún consiguió ponerse en pie. Su rostro aparecía horriblemente deformado por los intensísimos dolores que el veneno de la bestia causaba en su organismo.

La piel de Ishabor ennegreció rapidísimamente. Dio un par de pasos y rodó por tierra, agitándose un poco antes de quedar definitivamente inmóvil.

Los hombres de Marlos acribillaron al saurio superviviente con sus descargas de energía. Larr se sentía desconcertado, sin comprender muy bien lo ocurrido.

Una cosa, sin embargo, era segura: su plan había fracasado. Ishabor ya no ocuparía el puesto de Thysmon, quien permanecía a unos pasos de distancia, tan atónito y desconcertado por lo ocurrido como los demás espectadores de la horrible escena.

De pronto, Larr se dio cuenta de que allí ya no tenía qué hacer y se dispuso a emprender la huida. Alguien le cerró el paso, descolgándose súbitamente de un árbol cercano.

—No tengas prisa —dijo Ardax.

Los ojos de Larr le miraron con rabia infinita.

—Tú, has sido tú —murmuró.

—Sí. Con la ayuda de unos amigos fieles, cambiamos el blindaje que alguien había puesto en el gigantosaurio destinado a Thysmon. Como tú, empleamos gas narcótico en abundancia para dormir a la fiera. Pero Ishabor atacó a la que tenía el pecho protegido. La lanza trifoliada debía perforar sólo un poco el blindaje, lo suficiente para enfurecer al animal, como así ha sucedido.

»Sólo que la víctima no ha sido Thysmon, sino el traidor que planeó la cacería, para proclamarse rey, al morir el único representante de la dinastía de los Baarad. Ha muerto, precisamente, el que ideó todo, el que te ayudó a despojar a Luleen de Grord de su inmensa fortuna, porque si tú necesitabas de Ishabor, Ishabor necesitaba de tu dinero

para atraer partidarios y comprar esbirros, confidentes y asesinos.

Thysmon adelantó irnos pasos.

—¿Es cierto lo que has dicho, extranjero? —preguntó.

—Mira el rostro de Larr, príncipe —contestó Ardax—. Pero si no me crees a mí, puedes preguntar a Luleen de Grord… y a un cazador llamado Tarlo y a sus amigos. Ellos son expertos, y sabrán identificar el gigantosaurio que tenía ya puesta la placa de blindaje y cambiaron al otro animal, el que debía cazar Ishabor.

—Tus acusaciones son muy graves —dijo Thysmon—. Kaster Larr puede pedir que las defiendas de algún modo.

—Lo haré encantado —accedió Ardax.

Larr vaciló un instante. Luego alargó su mano:

—Capitán, tu espada —pidió.

Marlos sacó el acero de la vaina. Otro soldado entregó el suyo a Ardax.

—Me has calumniado —dijo Larr—. No vivirás mucho tiempo para repetir tus inmundas mentiras.

—Mejor que nadie, tú sabes que todo lo que he dicho es verdad —declaró Ardax serenamente—. ¿Por qué no cuentas a la gente cómo te apoderaste de los bienes de Luleen y de su inmensa fortuna?

Larr se enfureció y atacó, tirándose a fondo. Ardax paró fácilmente.

—La buena vida te ha reblandecido —dijo.

La frente de Larr se cubrió de sudor. Delante de él centelleaba una espada que parecía multiplicarse por diez. El miedo invadió su corazón.

De repente, arrojó la espada al suelo:

—Lo diré todo, todo…, pero quiero vivir… —gimió abyectamente.

Ardax bajó la espada.

—Háblale al príncipe —indicó.

Larr vaciló un instante. De pronto, vio que su enemigo estaba desprevenido y, lanzando un aullido de rabia, se precipitó sobre la espada, que empuñó con mano crispada. Luego saltó hacia adelante, pero tropezó en el camino con un cuchillo de cuatro hojas, que se hundió hasta el mango en su pecho. Un instante después, rodaba muerto sobre la hierba.

Ardax se volvió hacia Selene.

—Una vez más —sonrió.

Ella asintió levemente. Ardax se acercó a ella y cogió su mano.

Extrañamente, Luleen no se enojó por el gesto de Ardax.

* * *

—Tú estabas con una antigua conocida de nuestra familia el día en que se cometió el delito. Muchos te vieron, pero habían empleado un doble, que se parecía extraordinariamente a ti. Lo he averiguado más tarde —dijo Selene.

—¿Quién era esa conocida de tu familia? —preguntó Ardax.

Ella pronunció un nombre. Ardax sonrió.

—Una mujer muy hermosa —dijo—. Me había invitado a cenar…

—Y yo era huésped de ella, aunque aquella noche debía salir. Pero no lo hice y me quedé en casa. Sin embargo, para no estorbar, permanecí en mi habitación, pero te vi desde el piso superior cuando llegabas a casa. Por eso sabía que eras inocente.

—Pero me culparon de aquel crimen…

—Había un juez-gobernador, de los Grandes y Poderosos Lores, complicado en el asunto. Tenía amigos, influencias…, buscaron lo que se llama un chivo expiatorio, un hombre de ideas menos rígidas que las suyas, un hombre que propugnaba una mejor relación con la Novena Liga de Sistemas…

—Yo —dijo Ardax.

—Sí.

—La competencia entre las dos Ligas podía resultar funesta. Era mejor cesar en aquel estado de hostilidad latente, de la que nada bueno se podía esperar para el pueblo.

—Otros no pensaban así y fue cuando tramaron el plan para evitar que consiguieras prosélitos. Eras un oficial joven, de mucho prestigio; podías encontrar fácilmente muchos seguidores. Había que impedirlo, ¿comprendes?

—Pero tú me has ayudado.

Selene se ruborizó.

—Eras mi ídolo cuando yo tenía muy pocos años —contestó—. Mi padre me dejó una pequeña fortuna. Decidí gastarla en ayudarte.

—Sin embargo, no hemos podido probar mi inocencia.

—Estás libre, ¿no?

Ardax suspiró.

—¿Hasta cuándo seguiré siendo un proscrito?

—Ignus, el trovador, no será nunca un proscrito. Pero, ¿por qué adoptaste ese nombre? —preguntó Selene.

—Es la contracción de una palabra, «ignotus», que significa desconocido. También puede ser otra palabra abreviada, *igneus*, de fuego, ardiente… Se trata de un idioma ya extinguido hace millares de años, procedente del planeta al que me desterraron.

—¿S. 5 – 4-5 – 14?

—Sí. Las cifras son los números ordinales de las letras del antiguo alfabeto de aquel planeta. Si se sustituyes las cifras por letras, tendremos Edén, que significa paraíso.

—¿Y la S inicial?

—Supongo que será un prefijo, «sub», sub-edén…, pero no tiene importancia. ¿No lo conoces? ¿Te gustaría viajar a Edén, aunque yo lo llame Solitus?

Los ojos de Selene brillaron.

—¿Contigo?

—Y con Iako.

Ella rio argentinamente.

—Es verdad, lo había olvidado. Iako es un auxiliar maravilloso —dijo.

—He cumplido solamente con mi deber cibernético —dijo la máquina.

De pronto, Thysmon entró en la estancia, seguido de Luleen y de Carvyl de Thesmon, quien llevaba todavía el brazo en cabestrillo.

—Me han contado todo lo que has hecho por mí, coronel Ardax —dijo el príncipe—. Has descubierto a los traidores y castigado su traición. Debo premiarte.

—Príncipe, simplemente, me limité a ayudar a uno de tus más fieles súbditos, Luleen de Grord —contestó Ardax.

—Pero gracias a ello estoy vivo y conservo mi puesto. No lo olvidaré jamás, créeme —aseguró Thysmon—. Ahora, bien, yo no puedo hacer nada en favor de un tal Alan Ardax, fugitivo de la justicia. Sin embargo, nadie sabrá nunca que conocemos tu identidad. Yo, Luleen y mi primo Carvyl, guardaremos el secreto. Por tanto, no puedo hacer nada en favor de Ardax, pero sí quiero honrar al trovador Ignus. Arrodíllate, Ignus.

Ardax obedeció. Una espada tocó sus hombros sucesivamente.

—Ya eres caballero de mi reino —declaró Thysmon.

Ardax se puso en pie.

—Y tu más leal servidor —declaró.

—De todas formas, querría recompensarte con algo más práctico que un título nobiliario. ¿Qué es lo que deseas, Ignus?

El joven se volvió hacia Selene.

—Una nave planetaria, príncipe —contestó.

* * *

La astronave tomó tierra al atardecer. Selene saltó al suelo y extendió los brazos, al contemplar arrobada la roja puesta de sol, que confería una coloración extraordinaria al paisaje.

—¡Maravilloso! —exclamó.

Ardax bajó detrás de la muchacha. Iako lo hizo a continuación.

—Con permiso —dijo el robot—, voy a instalar el campamento.

Selene levantó la vista al cielo, en donde se divisaba un enorme anillo de pedruscos que brillaban con todos los colores del espectro.

—¿Qué es eso, Alan? —preguntó.

—En tiempos, se le llamaba Luna. Era un satélite de este planeta, que acabó acercándose demasiado a este planeta, a causa de la acción de la gravedad, y se rompió en millones de fragmentos. Ello provocó una terrible catástrofe y todos los habitantes del planeta, al que llamaban Tierra, murieron.

—Salvo uno, el que tú encontraste…

—Era otro condenado, cuyo nombre no logré averiguar jamás. Vivió casi dieciocho siglos, según parece, por las excepcionales condiciones ambientales de Solitus… o de Sub-Edén…, o de la Tierra, como quieras llamarlo.

—Pero a ti no te enviaron aquí para que vivieras dieciocho siglos —alegó Selene.

Ardax se sorprendió de aquellas palabras.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—En el Estado Mayor creen que la Tierra es un planeta habitado por animales terriblemente feroces, donde la supervivencia es poco menos que imposible. Te enviaron aquí para que murieras, Alan; es más, no hay la menor indicación de que un condenado fuese enviado aquí hace dieciocho siglos.

—Probablemente, su documentación se extravió, después de tantos años.

—O la destruyeron, para que no hubiese memoria de él.

—Tal vez.

El brazo derecho de Ardax enlazó la esbelta cintura de Selene.

—Aquí viviremos mientras lo desees —dijo.

—Hasta que tú dispongas —contestó ella—. Me pregunto qué hará Hania de Slul, ahora que sus sueños de grandeza se han disipado.

—Es joven, hermosa., y astuta. Sabrá acomodarse a la nueva situación.

—No cabe la menor duda.

—Y ahora que lo pienso, Selene, ¿no te gustaría algún día viajar por las estrellas, junto a un trovador y su robot?

—¿Y desempeñar el papel de bailarina?

—No lo haría mal, supongo. Luleen tampoco sabía bailar y consiguió aprender muy pronto, con la ayuda de Iako, por supuesto.

—Quizá, algún día… Ahora es pronto, ¿no te parece?

—Sí, es pronto.

Callaron unos momentos. Iako se acercó a poco.

—El campamento está instalado —informó.

Había una cómoda tienda de campaña a corta distancia. La mirada de Ardax se tendió por el panorama circundante, iluminado por la luz de los millones de fragmentos que componían el anillo en torno al planeta.

En el principio del destierro, había sido solamente un hombre.

Después, un hombre y su robot.

Ahora había también una mujer.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.